

PUNTO
ROJO

primera antología del asesinato



frank caudett



COLECCION

PUNTO ROJO



MILTON DOUGLAS

MAVIS
CLARKSON



FRANK CAUDET

PRIMERA ANTOLOGÍA DEL ASESINATO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 321

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Dépósito legal: B 16.198- 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1968

© FRANK CAUDETT - 1968
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1968
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1968
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

315. — Tres cabelleras y un *G-man*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

928. — Bajo la sombra del ciprés.

En Colección CALIFORNIA:

611. — Sed.

En Colección KANSAS:

516. — No era el más rápido.

En Colección BÚFALO:

762. — «Tranquilo».

En Colección COLORADO:

555. — Una sola razón: ¡plomo!

En Colección BISONTE:

1.056. — Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

377. — El reloj que detuvo la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

633. — La danza del cáñamo.

En Colección ENVIADO SECRETO:

25. — Una gardenia roja para 002.

El presente relato está basado en un suceso real que acaeció en Estados Unidos no hace muchos años. La idea de novelarlo surgió, casualmente, el día que cayó en mis manos un pedazo de periódico — tan siquiera llegaba a hoja— que comentaba la noticia. Pero se hacía necesario, imprescindible, una mayor y más completa información, un conocimiento a fondo, auténtico, genuinamente verídico, del caso.

Por todo ello, quede patente, escrito, mi sincero reconocimiento a quienes aceptaron la idea con agrado e interés y que colaboraron conmigo recopilando y proporcionándome toda la documentación, veraz y fidedigna, de los hechos. No cito sus nombres porque, muy modestamente, me rogaron que no lo hiciera.

Sin el concurso de estas personas no me hubiera sido posible hacer realidad, novela, lo que sólo fue una idea inspirada por un pedazo de periódico.

Gracias,

Frank Caudett

PRÓLOGO

Del expediente n.º

276 348

—New York City,

«Primera Antología del Asesinato».

Pendiente de resolución en 20 de mayo de 1960, cerrado y remitido al Archivo en 30 de junio de 1960.

«Escribe el *commissioner* del Departamento de la Metropolitan Police de Nueva York, míster George Graham».

Mi nombre es George Graham y ostento el cargo de *commissioner* del Departamento de la Metropolitan Police de Nueva York, cargo que en otros países se describe más comúnmente con el calificativo de jefe superior de policía. Hace diez años que, como tal, estoy al frente de las fuerzas policiales de la ciudad que se ha dado en llamar de los rascacielos, y nunca, hasta hoy, he tenido que intervenir personalmente en el esclarecimiento de un suceso delictivo; para eso están mis subcomisarios, inspectores, subinspectores, agentes, etc.

Pero este caso es verdaderamente insólito, casi me atrevería a calificarlo de imposible e inaudito. Aparte del secuestro de Charles A. Lindberg *júnior* y del recientemente concluido proceso de Caryl Chessman, no recuerdo otro hecho que haya acaparado, como el presente, la expectación e interés del país entero.

Lo curioso, lo asombrosamente curioso, es que ya hemos detenido al asesino. El fiscal tiene dispuesto su pliego de cargos y no le cabe la menor duda con

respecto a la culpabilidad del encausado. Los médicos siquiátras del Departamento aseguran, sin llegar a una opinión unánime y concreta, que el asesino es un perturbado mental, un esquizofrénico con dos personalidades distintas y perfectamente definidas que... ¡parece increíble!, dentro de un mismo cerebro, se ignoran la una a la otra. O sea, el asesino no sabe que es el asesino.

Yo, que como todo ser humano, como persona, tengo mis convicciones y creencias, mí... podríamos llamarle sicología aprendida en la propia vida, después de años y años de ver, oír y seguir de cerca los hechos y actos más desconcertantes, no acabo de dar crédito, de aceptar, por así decirlo, la opinión del fiscal ni la de los médicos siquiátras del Departamento.

Por todo lo dicho, quizá inconscientemente guiado por un rapto de inspiración, o para poner mi nota de genialidad en lo que de por sí ya es sorprendentemente genial, ¡acabo de pedirle al asesino que descubra al asesino! Le he concedido un plazo de cuarenta días para ello.

Si el rapto de inspiración, la genialidad, la corazonada, o lo que diablos sea, me fallan, habré echado por la borda, en un segundo, toda una existencia de sacrificios, esfuerzos y abnegaciones al servicio de una de las actividades más duras, nobles e ingratas, anónimas también, a que puede consagrarse un ser humano: servir a la ley y la justicia.

Es como si el actual heredero de míster Rockefeller se jugase hasta el último dólar, de los muchos millones de dólares que posee, a una sola carta...; a la más alta.

Estúpido, ¿verdad? ¡Pero los hombres, a veces, con frecuencia mejor, solemos ser tan estúpidos!

Y como quiero y deseo que exista constancia de esta estupidez, y no quiero ni deseo eludir la gravísima responsabilidad que acabo de contraer y asumir, este pliego, con mi firma y rúbrica, encabezará el Expediente n.º

—New York City, designado con el título: «Primera Antología del Asesinato».

George Graham

«Escribe míster Milton Douglas, publicista de profesión, director ejecutivo de Henriksen & C.^o

Publicity of Agency de Nueva York».

Ni yo mismo puedo creerlo. Nadie puede creerse capaz de cometer una serie de actos tan horrendos, de ser un enfermo mental cuya anormalidad se manifiesta por medio de un sadismo exacerbado que sólo puede gestarse en unos sentimientos ocultos y diabólicos.

Nunca pude imaginar que la ilusión de mi vida profesional se convirtiera en, realidad teniendo como símbolo el macabro espectro de la muerte y como resultado el sangriento océano de tanto crimen morboso, de tanta víctima inocente.

Porque se me acusa de haber cometido cuatro crímenes monstruosos que yo, aunque sea el manido argumento de todos los asesinos, afirmo y aseguro no haber perpetrado. Pero el fiscal no lo cree así. Y los médicos siquiátras han informado, luego de reconocerme cientos de veces y haberme sometido a una cantidad de pruebas que casi han acabado con mi aparente cordura, que existe en mi otra persona, un ser esquizofrénico al que yo ignoro en los momentos de lucidez, y que es el autor material de esa obra monstruosa.

No... ni yo mismo puedo creerlo. Y menos puedo creer lo sucedido esta mañana, cuando el *commissioner* George Graham, luego de hacerme conducir a su despacho, me ha dicho simple y sencillamente, con la mayor naturalidad del mundo:

«—Douglas... hoy es el día 20 de mayo del año

1960, ¿no? Pues bien, le concedo un plazo de cuarenta días, o sea, hasta el 30 de junio próximo, para que usted mismo encuentre... al asesino».

Estoy confuso, atónito, estupefacto. Ante la horrible duda de si soy o no un satánico engendro de habilidades infrahumanas... Enfrentado al gigantesco problema de buscar un asesino que quizá pueda encontrar fácilmente sin necesidad de ese plazo de cuarenta días; en un segundo, con solo... mirarme al espejo.

¡Y pensar que aquella ilusión nació de un sueño!

Del sueño que tuve una lejana noche de 1958, cuando, junto con otros compañeros, había acudido a Hollywood para ultimar los detalles de la campaña de publicidad que la empresa donde trabajo debía desarrollar sobre una producción de la Metro Goldwin Mayer.

Entonces, pese a todo, fue un sueño maravilloso...

«—Señor Joabr, tengo una idea excelente... más que eso, maravillosa. Algo sensacional para emprender con toda garantía de éxito una campaña publicitaria en pro del peor producto que pueda existir en el mercado.

»Peter Joabr, director ejecutivo de la
Henriksen & C.^o

Publicity of Agency, miró con abierto escepticismo a su joven subalterno. Joabr, de unos sesenta años, mediana estatura, encorvado, calvo, de vivos y huidizos ojillos pardos, rostro enjuto de pómulos grotescamente salientes, era hombre aferrado a los procedimientos publicitarios que imperaban desde hacía cuatro lustros. No profesaba la menor simpatía hacía cualquiera de sus colaboradores que se mostrase incisivo, renovador, o que hiciera intento de aportar ideas que pudiesen significar evolución con respecto a los cánones establecidos.

»Curvando sus labios con despectiva ironía, inquino:

«—¿De veras, señor Douglas? Y... ¿puedo conocer esa idea tan excelente, sensacional y magnífica?

»—Por supuesto, señor Joabr, por supuesto. Mire, yo la titularía... Primera Antología del Asesinato, patrocinada por industrias x, fabricantes de las insuperables medias de nylon Z. Y, en líneas generales, se trata de lo siguiente: Reproducir, en un local cerrado, unos cuantos de los más famosos crímenes perpetrados durante el siglo pasado y el actual. La reproducción podría efectuarse con moldes de cera o arcilla, muñecos de trapo, inclusive, con bien logradas caracterizaciones, madera... ¡Y tengo también seleccionados los crímenes a reproducir en esa antología!, ¿sabe? Un total de ocho. El del “baño ácido”, cometido en la persona de la anciana Durand-Deacon, por John George Haigh; los asesinatos de Blanche Lamont y su amiga Marion “Minnie”».

Williams, llevados a cabo por el prometido de la primera William Henry Theodore Durrant; el estrangulamiento de Verónica Gedeón, y el crimen efectuado, con un pico de partir hielo, en la persona de un tal Byrnes, por Robert Irwin; el último y más terrorífico de los monstruosos asesinatos de Jack el Destripador, del que fue víctima una muchacha llamada Mary Kelly; el cometido por Ruth Snyder, conjuntamente con su amante, en el infortunado marido de ella, el cronista teatral Albert Snyder; y para colofón, la terrible muerte dada a Marie Hahn, una libertina doméstica, por Peter Kürten, alias «el Vampiro de Düsseldorf» —Douglas, tras el relato, hizo una pequeña pausa como si quisiera dar tiempo a su jefe para asimilar lo que para él era una brillante idea. Transcurrido el lapso de silencio, preguntó—: ¿Qué, señor Joabr, qué opina usted de esta posible campaña publicitaria?

»Peter Joabr, congestionado, ofreciendo el mismo aspecto de quien acaba de sufrir un violento e inesperado ataque de apoplejía, balanceándose al borde de las órbitas sus diminutos ojos pardos, estalló:

»—¡Me parece la imbecilidad más grande,

monstruosa, enorme y bestial que he oído en toda mi vida! Usted, señor Douglas, usted... ¡usted es un introvertido mental, un monomaniaco, un excéntrico... aunque eso último me suena casi a panegírico! ¿Qué se ha creído usted que es la publicidad? ¡Eh...! ¿Una película de Boris Karloff? ¿Una novela de Agatha Christie? ¡Inepto de todos los diablos! Mire... mire lo que voy a decirle, señor Douglas: si en lugar de ser el director ejecutivo de la empresa fuese el dueño... ¡le pondría a usted de patitas en la calle! Pero tiene suerte, mucha suerte, más de lo que se cree y merece. Usted y algún otro abusan... están abusando desde hace muchísimo tiempo de la proverbial bondad del señor Jenny Henriksen, de su excesiva tolerancia. ¡Cuadrilla de estúpidos *snoobs* que no sirven para nada!

»Milton Douglas, pasados los instantes en que el verbal chaparrón, tras calarle los huesos, había roto en pequeñísimos fragmentos su ilusión, su extraordinaria idea sobre una brillante campaña publicitaria, se soliviantó.

»No pudo, ni quiso, contenerse.

»Se alzó de un brinco, golpeando con el puño derecho la mesa de su inmediato superior. Gritando:

»—¡No tiene usted ningún derecho ni otra prerrogativa que le permita ofenderme, insultarme y amenazarme! ¿Se entera bien, señor Joabr? Y ahora voy a decirle algo que hace mucho tiempo está necesitando que le digan: es usted un carcamal decrepito y achacoso, un viejo caducado sin iniciativa, un déspota... ¡una nulidad!

»Peter Joabr, por un instante, dio la sensación de que iba a estallar. De pie, cerrados los puños y agitándolos en el aire amenazadoramente, rugió:

»—Pero... ¿cómo se atreve a hablarme así?

»—¡Me atrevo, sí, me atrevo! ¡Es usted un déspota, un ignorante, un apergaminado burócrata del 1800! ¡Una nulidad!, ¿me oye bien?, ¡una nulidaaaaaad!»

—¡Eh... Milton, despierta! Despierta, hombre, despierta de una. Y deja ya de gritarle al pobre Joabr, que desde Nueva York no te oye.

Milton Douglas pateó las sábanas hacia abajo, al tiempo que saltaba de la cama, bramando:

—¡Una nuli...!

Parpadeó varias veces. Después fue mirando lentamente a su alrededor, hasta que los ojos impactaron sobre la figura del hombre alto y delgado, sonriente, de mediana edad, facciones vulgares que le devolvía la mirada.

—¡Oh...! —susurró, frotándose las sienes vigorosamente—. Así... ¿que estaba soñando?

—Sí, soñando. Pero te has dado el gustazo de poner «verde» al jefe. Oye... ¿sabes una cosa?

Douglas negó con la cabeza, mientras se dirigía hacia el lavabo para poner la nuca debajo del grifo y soltar a tope la llave del agua. Loyn siguió:

—Pues que esa idea tuya de... ¿cómo has dicho? ¡Ah, sí! Primera Antología del Asesinato, me parece estupenda. El día en que Joabr se muera, o se jubile, como nuevo director ejecutivo aceptaré encantado tu sugerencia.

Douglas, que salía del lavabo envuelto en una toalla, luego de secarse, haciendo un rictus de sorpresa, inquirió:

—¿Tú... director ejecutivo? ¿No le corresponde el sitio a Paul Xebec, cuando Joabr se jubile... o se muera?

Oliver Loyn soltó una ruidosa carcajada.

—¡Vaya con qué me sales! ¡Douglas, por Dios! ¿Supones que el señor Henriksen va a nombrar director ejecutivo a un tipo que lleva treinta años en la casa y aún no ha demostrado servir para otra cosa que no sea pegar carteles? ¿Por qué crees que Joabr nos lo ha endosado en este viajecito a Hollywood?

—Sí... —murmuró Milton Douglas, pensativo—, sí, puede que tengas razón.

—¡Ya lo creo que la tengo! —se afirmó Oliver Loyn. Agregando —: A ver si te das prisa, que Aaron, Xebec y Coe ya están listos y nos esperan. ¡Ah...!, pero eso sí, palabra. El día que llegue a ser director ejecutivo, te garantizo que ese sueño maravilloso que has tenido lo haremos realidad.

Ahora me parece un sueño monstruoso, infernal,

diabólico. Quizá porque todavía ignoro algo muy simple que por razones de mi actividad debería saber mejor que nadie; porque desconozco la fragilidad de la condición humana y esas pequeñas miserias, esos hechos escondidos en lo más recóndito de un cerebro que, sin que uno mismo pueda imaginarlo, conducen al sùmmum de las atrocidades.

Cuarenta días... ése es el plazo que acaba de darme el *commissioner* George Graham para que encuentre al asesino que debo empezar buscando dentro de mí mismo.

Pero como esto quedará escrito, ocurra lo que ocurra, si algún día una encargada de la limpieza, un meritorio del Archivo, un funcionario, alguien siente curiosidad por leer este expediente... pensará con toda lógica que debí, debo, empezar la búsqueda por el principio.

Nueva York, 20 de mayo de 1960.

Milton Douglas

PRIMERA PARTE

Realidad de una ilusión

CAPÍTULO PRIMERO

Milton Douglas, en aquellos instantes, se consideraba el más afortunado de los mortales. Y creía, en su ingenuidad o ignorancia, que era difícil que existiese en el mundo otra persona más feliz que él.

En realidad, todos los hombres, a sus veintiocho años, solteros y con la planta física de Milton, podían considerarse pero que muy felices. Douglas frisaba los seis pies de altura, algo así como un simpático gigantón en agraz, tenía el cabello muy negro, azulado de tan negro, y lo peinaba en anchas ondas. Sus ojos grandes, móviles, pletóricos de vida, jovialidad y entusiasmo eran asimismo de un color muy negro, si bien el tono difería al del cabello. Una boca de labios sensuales, de rictus un tanto escéptico, encajaba encima de la partida barbilla entre dos mandíbulas levemente acusadas, varoniles, que ponían en aquel rostro agradable un puntazo de dureza y virilidad. Su cuerpo respondía en todo al del más y mejor consumado gimnasta, no sólo por la contextura, sino también por la metódica eliminación de grasas y la impecable puesta a punto de unos músculos ágiles, elásticos, de una ductilidad casi felina.

Milton Douglas solía usar siempre atuendos deportivos, ligeros, en los que hallaba una mayor libertad de movimientos, una dosificación de energías.

Claro que, a partir de aquel instante en el que se suponía ser el más afortunado de los mortales, Douglas tendría que dedicar un pulcro y mimético cuidado a su indumentaria, ya que, todo un flamante director Ejecutivo de la Henriksen & C.^o Publicity of Agency, contaba entre las obligaciones de su cargo la de causar una impecable y favorabilísima impresión a los clientes.

Pero ese detalle trivial, ahora, poco preocupaba a Milton. Él estaba dispuesto a hacer lo imposible, todo aquello que fuese necesario, para no defraudar en ningún momento la confianza en él

depositada por el dueño de la empresa. Le constaba, sí, que el señor Jenny Henriksen había alabado en distintas ocasiones su vocación, entrega al trabajo, ingenio, iniciativa e interés, pero... pero nunca hubiese imaginado que al quedar vacante el cargo de director ejecutivo, lo que había sucedido pocas fechas antes por fallecimiento de Peter Joabr, fuese él, precisamente él, la persona designada para ocuparlo. Estaban Paul Xebec, Oliver Loyn, John Aaron, con muchos años más prestando servicios a la empresa, por delante de acuerdo con el lógico ascenso por escalafón... ¡y él, Milton Douglas, había sido nombrado director ejecutivo!

Hasta cierto punto, le impresionaba estar sentado tras aquella enorme mesa metálica, encima de la cual veíanse dos teléfonos, un intercomunicador, varios timbres mediante los cuales podía ordenar se presentase un determinado empleado... y el antedespacho con la no menos flamante secretaria, Renata Machado, que ya llevaba varios años colaborando con Peter Joabr, su predecesor.

Pese a todo, había que reconocer en Renata una serie de estupendas virtudes físicas; esas virtudes que Milton no se atreviera a calibrar siendo un triste empleadillo, pero que ahora, como director ejecutivo, casi se creía en la obligación de valorar debidamente.

Así, en un arranque del todo espontáneo, pulsó la palanquita del intercomunicador, diciendo:

—Renata... ¿quieres venir, por favor?

Apenas transcurridos cincuenta segundos se abrió la puerta del fondo para dejar paso a la escultural y estilizada figura de Renata Machado. Preciosa morena de aires tropicales, cabello largo hasta casi la cintura, cobrizo; de exóticos ojos color ámbar, boca grande de labios muy carnosos y nariz de respingona paletada. Su cuerpo era flexible como el junco y daba la sensación inquietante de romperse a cada paso por diez puntos diferentes.

Vestía una blusa adamascada y falda gris con graciosos pliegues, adornada por un ancho y moderno cinturón metálico.

Con el bolígrafo entre los menudos dientecllos y el bloc de pautado taquigráfico en lo alto de la diestra, permaneció unos segundos inmóvil, relajada, indolente, mirando con ojos profundos al hombre que se hallaba tras la mesa.

Murmuró al fin:

—Milton... estoy en la duda de si debo seguirte llamando así, o si lo procedente es que te llame señor Douglas.

Él, arqueando las cejas, con un rictus burlón e ingenuo curvando sus labios, repuso en interrogante:

—¿Cómo te suena mejor?

—Milton.

—Entonces ya no hay duda, ¿cierto?

—Cierto.

—Acércate, Renata.

Su avance fue lento, estudiado, recortándose entre cadencias y cimbreos como una cálida melodía tropical, como el arrullo del viento entre las palmeras.

Deteniéndose junto al vértice izquierdo de la mesa, inquirió:

—¿Dónde...?

Milton, aunque en sus horas de trabajo como empleado publicista de la

Henriksen &

C.^o Publicity of Agency no lo hubiese demostrado, entendía bien a las mujeres. Mucho mejor de lo que Renata pudiera imaginar.

—¿Dónde te sentabas cuando el fallecido señor Joabr requería tu presencia?

Quitándose el bolígrafo de la boca señaló una de las sillas que había frente al escritorio.

—Ahí... pero el señor Joabr tenía sesenta y dos años y tú tienes unos cuantos menos.

—¡Ah...! —exclamó con sorna más que evidente. Preguntando a continuación—: ¿Y puedes explicarme qué relación existe entre la diferencia de edad del antiguo y actual director ejecutivo y el sitio donde tú debes tomar asiento?

Renata, chispeantes sus magníficos ojos ámbar, dejó bloc y bolígrafo encima de la mesa. Y puestos los brazos en jarras, echando la cabeza ligeramente atrás, lo cual contribuyó a destacar la línea sensual de su busto, dijo, suave la voz, apagada, pero vibrando en el fondo una inflexión de ira:

—Milton, creo que conmigo te confundes. Cuando eras uno más y yo hacia lo imposible porque te fijaras en mí, tú no te atrevías ni a mirarme... incluso procurabas evitarme, simulando la timidez propia del empleadillo sin importancia que pretende demostrar que

sólo está por su trabajo. Ahora, por lo visto, el cargo te viene grande. ¿Qué pretendes? ¿Burlarte de mí? ¿Darme a entender que eres tú quien ahora está muy por encima, muy lejos de mi alcance? Pues... te prevengo, Milton, te prevengo. Nadie juega conmigo, ningún hombre se ríe de Renata Machado. No voy a negar que me gustas, que me siento atraída hacia ti... hoy por dos motivos: el hombre y el director. Siempre he sido una mujer ambiciosa, excesivamente ambiciosa. Si hubiese querido, ¿sabes?, el asqueroso viejo solterón de Joabr se habría casado conmigo en un abrir y cerrar de ojos... pero mi ambición no era, pese a todo, suficiente para vencer la repugnancia que me inspiraba el lascivo Peter Joabr. No, Milton, no pretendas jugar conmigo, porque... ¡te juro que te arrepentirás! ¡Te lo juro!

En aquel preciso instante se abrió la puerta de la derecha. Había dos en el despacho del director ejecutivo. Una, la del fondo, comunicaba con el *office* de su secretaria: otra, situada en mitad del tabique derecho, desembocaba a la oficina general.

Por esta última había aparecido Oliver Loyn, exclamando:

—¡Eh, Milton! ¡El jorobado...! —se contuvo al percatarse de la presencia de ella. Agregando—: Disculpa, no sabía que estuvieses ocupado.

El de ondulados cabellos negros, ladeando la cabeza, repuso:

—No, Oliver, puedes quedarte. Renata ya se iba, ya se va...

La secretaria, torciendo la cabeza para arreglar el desorden de su melena cobriza, tomó los adminículos de escritorio que había dejado encima de la mesa y, sin importarle que estuviera el otro, extendió el índice de su diestra hacia el varonil torso del director ejecutivo, diciendo con voz ronca:

—Recuérdalo, Milton. Si tratas de burlarte o humillarme... ¡juro que te arrepentirás!

Y girando sobre los tacones se alejó con el estudiado y cadencioso contoneo de siempre en dirección a la puerta del fondo.

Una vez hubo salido, Oliver Loyn, avanzando, fruncido el entrecejo, inquirió:

—¿Se puede saber lo que le «duele» a ésa?

Milton, con fugaz sonrisa en sus labios, respondió:

—Nada, nada... tonterías muy propias de su femenina condición. Supone que ahora, por estar donde estoy, pretendo

reírme de ella.

—¡Bah...! Es una boba de solemnidad. —Oliver hizo un ademán elocuente. Y terminando de acercarse a la mesa, anunció—: El jorobado está que trina, chico. Si antes hablaba poco... desde el momento en que ayer por la mañana el señor Henriksen nos comunicó tu ascenso, no ha dicho ni pío. En pocos días lo va a consumir la rabia y el despecho. Claro que en un...

—Pues fue el primero en venir a felicitarme, Oliver —intercaló el nuevo director ejecutivo.

Los ojos castaño claros de Loyn se clavaron en la faz de Douglas con expresión de censura.

—¡Milton, por Dios! ¡Pero...! ¿Cómo se puede ser tan ingenuo a tu edad? Los tipos del carácter y condición física de Xebec, por instinto simplemente, profesan una oculta y cruel animadversión hacia quienes nos podemos considerar normales. ¡Claro que vino a felicitarte! Como claro está que a la primera ocasión de que disponga procurará hacerte todo el daño posible. Paul Xebec es un desheredado de la vida en todos los aspectos y facetas... su única esperanza, su postrera ilusión, se circunscribía al hecho de ocupar, por antigüedad, el cargo que Joabr había de dejar vacante un día u otro. ¿Cuáles supones que son sus sentimientos al comprobar que el más joven de los empleados de la agencia ha matado en flor su única y última esperanza?

Milton Douglas, mordiendo el labio inferior, acariciando su partida barbilla, musitó:

—Ignoro cuáles puedan ser sus sentimientos, Oliver. Pero pese a todo, en el fondo, estimo que es una buena persona... un pobre hombre digno de lástima y comprensión. Obvio que ahora se sentirá zaherido e irritado mas, con el paso de los días, tengo la certeza de que lo entenderá.

Oliver Loyn, fingiendo un gesto desesperado, alzando ambas manos al techo como si lo hiciera al cielo, *exclamó*:

—¡Santa y bendita inocencia! Si tú lo crees así, mejor que tengas razón. Esto... desde que nos conocemos, siempre hemos sido buenos compañeros y amigos, ¿no es verdad?

—Verdad —cabeceó Milton.

—Pues bien... —Loyn ofreció en las vulgares facciones de su rostro una expresión sincera, de leal amistad. Dijo, tras unos

segundos de silencio—: No voy a ocultar mi desencanto, porque eso sería como traicionar nuestra amistad. Tú sabes, lo habíamos hablado en varias ocasiones, que yo confiaba en ocupar el cargo de director ejecutivo, incluso... —sonrió con visos nostálgicos—, incluso le había prometido a Sonia, mi mujer, que cuando fuese ascendido le regalaría ese abrigo de visón con el que lleva tanto tiempo soñando. ¡Pero así es la vida! Yo, como Xebec, inclusive John Aaron y Víctor Coe, aunque con muchas más posibilidades que ellos, vi destruida ayer la aspiración... ¿a qué engañamos?, la ambición, ésta es la palabra justa y exacta, que venía alimentando desde hace varios años. No puedo estar satisfecho ni saltando de alegría, Milton. Nadie es feliz cuando en un instante ve convertido en cenizas el sueño dorado de su existencia. Creo que es una posición lógica y humana que sabrás comprender, ¿no?

—Sí, sí, desde luego, Oliver. Y puedes creer que dentro de mi alegría he experimentado la pena, la agobiante sensación, de estar haciendo daño a muchas personas... en particular a ti.

Oliver Lyon dio un manotazo en el aire.

—¡Ni lo pienses, Milton! Tú no eres culpable de nada, absolutamente de nada. Haz lo posible por olvidar ese pensamiento y no crearte un complejo de culpabilidad falso que en nada te beneficiaría. Yo... estoy seguro de conocerte bien. Y de otro lado, me consta positivamente que no te has servido de malas artes para llegar donde has llegado. El señor Henriksen, con un criterio que desde su punto de vista juzgo acertado, se decidió por el más joven, por el que más podía dar de sí... ya que anteriormente y dentro de tu modestia, habías dado pruebas de una valía que, con sinceridad, no reunimos yo, Xebec, Aaron y Coe, juntos. En fin... lo siento por Sonia que tendrá que seguir esperando su abrigo de visón —hizo una breve pausa, añadiendo—: Supongo que te estarás preguntando a qué viene tanta palabrería y tanto discurso, ¿no? Pues bien, la razón es sencilla. Tú y yo somos buenos amigos, nos conocemos, nos apreciamos... y sé de la asombrosa ingenuidad con que sueles proceder; ya no más candidez, Milton; ya no más confiar en la buena fe de los demás; en adelante estarás rodeado de una serie de individuos dispuestos a ponerte la «zancadilla» a las primeras de cambio, decididos a hundirte cuando se les presente la menor oportunidad. Desinteresadamente, yo en nada me beneficio, te

aconsejo que obres con prudencia, cautela, y por encima de todo, con la mayor desconfianza. Una sonrisa, un elogio, una atención... pueden convertirse en el cuchillo que corte el hilo del que se balancea tu buena suerte. ¿Comprendes, Milton?

El flamante director ejecutivo de la
Henriksen & C.^o

Publicity of Agency, que había escuchado a su compañero y amigo con atención y absoluto silencio, mesándose los negros cabellos con la diestra, repuso:

—Te comprendo. Y además, estimo y agradezco tu intención en lo mucho que vale. Tampoco puedo negar, que analizado el problema fríamente, tienes toda la razón del mundo. Pero yo, Oliver, soy como soy, y creo que es un poco tarde para cambiar mi forma de ser y pensar.

—¡Pues procúralo, diablos!

Sonrió Douglas afectuosamente.

—Te prometo intentarlo por la cuenta que me trae.

—Basta... —Oliver Loyn hizo un ademán elocuente—, basta con que recuerdes que estás rodeado de enemigos que te sonríen y halagan. ¡Incluso la estúpida y engreída Renata! ¿Qué no daría por «cazarte»? Las mujeres, Milton, a la hora de ser malas y exteriorizar sus bajas pasiones, créelo, son mucho peor que nosotros. Y ahora, señor director... —No hubo ánimo ni atisbo de burla o ironía en la voz de Loyn, sino simplemente la sana intención de bromear—, si usted no tiene ningún trabajo que asignarme...

—¡Anda, eterno guasón! Ni tu disgusto de ayer ha podido terminar con el buen humor... —Milton se pasó una mano por la nuca, agregando—: Y ten la seguridad de que ello me complace, Oliver. Yo, para ti, para todos en realidad, sigo siendo el mismo de antes. Me consta que nuestra amistad está muy por encima de las insidias y el rencor. Te prometo asimilar tu consejo.

—Y yo deseo fervientemente que no dejes de tenerlo presente en ningún momento.

—Gracias...

Oliver Loyn se retiró del despacho por la misma puerta que le había servido de acceso.

Y Milton Douglas, acodado en la mesa, sujetando su rostro entre la palma de ambas manos, permaneció durante muchos minutos

pensando en las palabras pronunciadas por su compañero y amigo.

Saliendo súbitamente de su abstracción, pulsó una de las palanquitas del intercomunicador, diciendo:

—Renata, haz el favor de pasarme la correspondencia a la firma en cuanto la tengas lista.

Y la voz de ella, acre, seca, respondiendo escueta:

—Sí. Enseguida.

CAPÍTULO II

Ya había transcurrido algo más de un mes desde el día en que Milton Douglas fuera nombrado director ejecutivo de la Henriksen & C.^o

Publicity of Agency, sin que ningún suceso importante, favorable o no, hubiese alterado el normal funcionamiento de la empresa... y del reciente ascendido.

Milton, un tanto influido por el consejo de Loyn, procuraba en todo momento tratar a sus subalternos con la mayor consideración, con el mismo afecto de cuando eran compañeros, estudiando la psicología de cada uno para, ni tan siquiera inconscientemente, zaherirles o humillarles.

A su paso todo eran sonrisas, inclinaciones... sí, lo que Oliver Loyn vaticinara, pero estaba impuesto, le constaba de que *sotto voce* se hacían comentarios despectivos, duros, burlones incluso, gestados por la envidia y el despecho. El propio Loyn le había dicho que Xebec, Aaron y Coe, al salir de la oficina, se reunían en un café cercano para desahogar a coro su rabia y malhumor, censurando con los peores términos la actitud de Jenny Henriksen al designar como sucesor de Joabr a quien por su juventud e inexperiencia no estaba ni muchísimo menos, capacitado para ocupar un cargo de tanta responsabilidad.

—¡Ya, ya cometerá algún error! No os preocupéis, porque eso ha de durar poco tiempo. El que tarde Henriksen en descubrir el fracaso de una decisión tomada tan a la ligera.

—Sí, tienes razón, Xebec. Pronto se «quemará» los dedos el mocoso ese. Y... ¿para qué estamos nosotros? ¡Para ayudar a que se los «queme»!

—Estás en lo cierto, Aaron. Con sutileza y habilidad debemos encargarnos de que llegue a conocimiento del señor Henriksen... matizado según las circunstancias, el primer fallo que cometa

Douglas.

Esta y otras conversaciones parecidas alimentaban el rencor y despecho de Paul Xebec, Víctor Coe y John Aaron, haciéndoles concebir la morbosa esperanza de aniquilar profesionalmente a Milton Douglas. ¡Y qué bien fingían en su presencia!

Todos excepto Renata, que se mostraba brusca y despótica, aprovechaban la primera oportunidad para presentarse en el despacho del director ejecutivo dejándole constancia de su incondicional adhesión.

Milton, pese a estar enterado de aquella clase de lucubraciones, seguía pensando dentro de sí, que la ofuscación momentánea de quienes en el ocaso de su trayectoria profesional habían visto anulada la última ambición... era humana y disculpable; que con el tiempo se olvidarían, solidarizándose con quien más que un superior procuraba siempre tenderles una mano de amigo.

La luz roja del intercomunicador, al encenderse con chispeante brillo, le hurtó a sus profundas meditaciones. Tras accionar una de las clavijas, quiso saber:

—¿Ocurre algo, Renata?

—Tiene una visita, señor Douglas —ella empleaba siempre el usted en presencia de clientes o personas ajenas a la empresa. Añadió—: Se trata del señor Norman O'Hara.

—Bien. Hazle pasar, por favor.

Milton, en pie, sacudió unas hipotéticas motas de polvo, instintivamente, de su seria e impecable indumentaria que ya había dejado de ser deportiva.

Se abrió la puerta del fondo apareciendo el sugestivo y estilizado trazo de la figura de Renata que, tras hacerse a un lado, anunció:

—El señor

O'Hara.

Y pasó el hombre, retirándose la secretaria.

Douglas, sonriendo cordialmente, extendió la diestra al desconocido, saludándole:

—Es un placer recibir su visita, señor

O'Hara.

Por favor... —le indicó una de las sillabutacas—, ¿tiene la amabilidad de sentarse?

—Sí, sí, gracias, gracias.

Norman

O'Hara

no podía ocultar que toda su ascendencia era irlandesa. Elio estaba evidente con elocuencia en su rostro ancho, sanguinolento, salpicado de pecas, de expresión risueña y satisfecha. Era de buena estatura, sólida naturaleza, atlético, rezumando vitalidad en una o dos palabras. Sus ojos inquietos poseían una tonalidad azulplúmbea, ofreciendo la mirada abierta, franca, desafiante incluso, que caracterizaba a los irlandeses. Vestía, con descuidada elegancia, un fresco traje marrón.

O'Hara,

entre otras virtudes, disfrutaba de la otorgada por sus muchos millones de dólares, los cuales provenían del acierto de su abuelo paterno al comprar una vasta extensión de terreno en el Estado de Tejas que, años más tarde, había resultado que ocultaba un auténtico océano de petróleo.

Milton Douglas, luego de situarse en su asiento al otro lado de la mesa, sonriendo, preguntó:

—Y bien, señor

O'Hara,

¿en qué puede servirle

Henriksen & C.^o

Publicity of Agency?

El irlandés de ascendencia, no de cuna, puesto que había nacido en Beaumont, Tejas, poniendo una de sus manazas sobre la superficie metálica de la mesa, soltó:

—Douglas, soy un tipo al que no le gustan los rodeos y circunloquios. El tiempo no está para perderlo, ¿verdad? Pues al grano sin más dilación. No sé si habrás oído hablar de mí... —

Norman

O'Hara

tenía la costumbre de familiarizar de inmediato, estableciendo un tuteo con quienes conocía por primera vez, un tanto pagado y poseído de su posición, de la que él suponía el derecho de tutear a los que eran «menos». Fue fugaz la pausa. Y cortando el hilo de la conversación, preguntó de una forma mucho más concreta—: ¿Has oído hablar de mí, Douglas?

Milton, algo confuso, mordiéndose el labio inferior, cosa que en él era hábito, contestó sin convicción:

—Sí. Algo he oído...

—¡Diantres! —

O'Hara

arreó un manotazo en la mesa—. ¿Sólo... «algo»? Mira, mira, te lo resumiré en dos palabras, muchacho. Norman

O'Hara

es uno de los multimillonarios más multimillonarios del país, ¿comprendes? Grandes explotaciones petrolíferas en Tejas, una compañía de transportes aérea, dos fábricas de automóviles, acciones en las entidades bancarias de más solvencia, y un sinfín de tonterías más. Pero como todo eso está en las manos de una serie de expertos contables, administrativos, etc., hace un par de meses comprendí que mi vida era absurda, insulsa, aburrida y estúpida. ¡Me estaba haciendo falta algo con qué distraerme, diablos! Sé de algunos que se dedican a jugar con trenes eléctricos en miniatura, organizar fiestas o cacerías, y un sinfín más de estupideces por el estilo. ¡Pero Norman

O'Hara

es un hombre de ideas fijas y propias! ¡Sí, señor! ¿A que no sabes lo que se me ocurrió?

Milton, ladeando la cabeza, repuso:

—Pues no, si usted no me lo dice, no.

O'Hara

sacudió otro manotazo sobre la mesa. Exclamando:

—¡Instalar una fabulosa industria de electrodomésticos! ¿Qué te parece, eh? Neveras, televisores, radios, tocadiscos, aspiradores, lavadoras automáticas, cafeteras eléctricas, batidoras... ¡toda la gama de electrodomésticos! Tú ya sabes que en este país y en el resto del mundo también, las industrias de electrodomésticos se dedican a fabricar un número determinado de aparatos. ¡Yo pienso fabricarlos todos, qué caramba! Hace veinte días que la inmensa, la colosal fábrica de Electrodomésticos

O'Hara

ha empezado a levantarse al otro lado del Hudson, en Nueva Jersey, muy cerca de Nueva York. En uno de los solares más enormes que en la actualidad puedan encontrarse. Ocupa parte de Hoboken y

Weehawken, a orillas del North Hudson River. ¿Qué te parece, eh?
¿Qué te parece, amigo Douglas?

—Pues, modestamente, me parece que se trata de una excelente idea, señor

O'Hara.

—¡Ajajá! Mira... no sé por qué, me has caído simpático a las primeras de cambio. Tú y yo vamos a hacer muy buenas migas, Douglas. ¡Oye...! Douglas es el apellido, ¿no?

—Sí. Aunque es más frecuente como nombre. Me llamo Milton Douglas.

—¡Pues lo que te decía, Milton! Me has caído bien... tanto, que voy a permitirte que me llames Norman a secas.

El director ejecutivo, forzando una expresión de agradecimiento, dijo no obstante:

—Su confianza me honra. Pero no puedo permitirme esa libertad, señor

O'Hara.

—¡Qué

O'Hara

ni qué niño muerto! —estalló el tejano-irlandés con toda la potencia de su vozarrón—. Tú no te permites ni dejas de permitirte. ¡Soy yo quien te permite! ¿Me oyes, Milton? Norman a secas y de tú. ¿Entendidos?

Douglas, sonriente, con el rictus más ingenuo reflejado en sus correctas facciones, dio a su vez un palmetazo encima de la mesa.

—¡Diablos Norman, tú también, me has caído bien! ¡Seremos grandes amigos! —exclamó, dando muestras de la habilidad e intuición de que disponía para tratar con los posibles clientes, fuera cual fuese su carácter, sabiendo situarse con visión comercial en el exacto lugar que podía beneficiarle.

—¡Eso es, eso es, así me gustan a mí los tipos! —

O'Hara

estaba más rojo y satisfecho que de costumbre. Tras la explosión, con su vulgar pero fácil verborrea, dijo—: Bueno, ahora que ya somos amigos, de cara al negocio, ¿eh? No voy a engañarte, no.

O'Hara

valora la sinceridad por encima de todo. La ingente pléyade de subalternos de que dispongo mantienen relaciones con diez

empresas publicitarias diferentes, pero yo, en este caso, como se trata de una cosa exclusivamente mía, no he querido ponerme en contacto con ninguna de esas agencias. Y entre las restantes, los mejores informes que he obtenido, abogan notoriamente en favor de

Henriksen & C.^o

Publicity of Agency.

—Lo cual es muy cierto, Norman. Y si hay ocasión para ello, podrás comprobarlo. Y ahora dime, ¿qué deseas que hagamos?

Norman

O'Hara

chasqueó la lengua contra el paladar, produciendo un ruido sonoro. Y acodándose en la mesa, comentó:

—Mira, Douglas, tú sabes tan bien o mejor que yo, lo reventado que está el mercado de electrodomésticos. La competencia es grande, igual que la calidad y la diferencia de precios. Yo, aun a costa de perder dinero sin resentirme lo más mínimo, estoy en condiciones de ofrecer la mejor calidad y el menor coste. Pero eso es absurdo y nada comercial. Mira... según los arquitectos y constructores, la fábrica estará en condición de funcionar dentro de tres, a lo sumo cuatro meses. ¡No veas la de personal que hay allí trabajando!

—Mucho ha de ser, desde luego, para construir ese fabuloso complejo de que me hablas en un lapso de tiempo que es todo un récord.

—¡Ajajá! Bueno, como te decía, aunque la maquinaria, el personal, etc., ya lo tengo contratado, no espero que antes de un año como mínimo, los electrodomésticos que fabricaremos estén en el mercado. Obvio que la calidad será diez veces superior a la que ofrecen las más prestigiosas firmas, y los precios, ajustados, con un exiguo margen de beneficio neto. Pero yo, además, de todo eso, que ya constituye una garantía y elocuencia, he pensado en una campaña publicitaria... sensacionalista como no se haya conocido otra. Algo que tenga fuerza, que llegue al gran público... ¡y que llegue con un año de anticipación sobre el lanzamiento al mercado de los Electrodomésticos

O'Hara!

¡Eh...! ¿Qué te parece, eh?

Milton, jugueteando con un pisapapeles que era fiel y exacta reproducción de un modernísimo helicóptero, y que en las palas de la hélice llevaba grabado el nombre de la agencia, contestó:

—Me parece, aunque tú no lo creerás así, un arma muchísimo más efectiva que la calidad y el reducido precio que piensas darle a tus elaborados. La gente, Norman, que supone ser astuta y desconfiada, es en verdad ignorante y fácil de convencer... o de engañar.

Ese gran público de que hablabas muerde el anzuelo de la sutil caña de la publicidad y compra lo peor con la firme convicción de que acaba de adquirir algo verdaderamente extraordinario. Un año entero haciendo llegar a la gente lo que no puede adquirir, estimula cada día el deseo de poder hacerlo... es casi una garantía de venta y éxito.

El de rostro ancho y sanguíneo con móviles ojos azul —plomo, como si de repente hubiese perdido las energías de que había dado palpables muestras desde un principio, dijo con voz tenue:

—Sí, desde luego, estoy de acuerdo contigo, Milton. Pero ¿has oído bien lo que he dicho antes? Una campaña publicitaria, *sensacionalista como no se haya conocido otra*. ¿Qué ideas puedes ofrecerme al respecto?

Milton Douglas permaneció en silencio, absorto, meditativo, tratando de improvisar... Y de súbito, bruscamente, el pisapapeles que seguía moviéndose entre los dedos de su diestra, cayó, golpeando con sonoridad, esparciendo por el ámbito aquel musical eco que dimanaba de un tintineo metálico, ininterrumpido, que iba decreciendo sin que pareciera poder extinguirse definitivamente.

Todo, consecuencia de que algo así como un chispazo cegador, como la viva llamarada de un *flash*, había inundado el cerebro del publicista de una luz nítida, brillante, trayéndole al recuerdo un sueño ya olvidado del que su predecesor y él fueran protagonistas.

Y ahogando el metálico y musical tintineo sonó la restallante palmada, que dejaba en golpecito las propinadas por

O'Hara,

producto de su mano al impactar atronadora encima de la mesa.

—¡Ya lo tengo! —exclamó jubiloso, vivaz, bailándole de alegría los negros y personales ojos—. ¡Ya lo tengo! —repitió.

Norman

O'Hara,

que parecía haberse empequeñecido, que daba la sensación de estar despojado de su espontánea jovialidad, y ésta, absorbida por el no menos dinámico director ejecutivo de

Henriksen & C.^o

Publicity of Agency, patentizó en su expresión el asombro que le producía la actitud de Douglas al tiempo que interrogaba en voz baja:

—¿Tienes? ¡Diablos! ¿Puede saberse lo que tienes? Milton, rebotando satisfacción por todos los poros de su cuerpo ágil y atlético, sonrió con misteriosa picardía, se pellizcó la barbilla antes de responder:

—Tengo... la campaña publicitaria más sensacionalista que hasta hoy se haya conocido, tan siquiera imaginado, y que será el trampolín que haga de tus electrodomésticos los más rápidos «nadadores» del mercado.

El otro, con una avidez que no podía contener, pasándose la lengua por los labios y haciendo chasquear los nudillos de una mano en el interior de la otra, estalló finalmente:

—¡Diantre, chico! ¿Me vas a tener en ascuas todo el día? ¡Suéltalo ya de una maldita vez!

Milton Douglas, dando a sus ojos una expresión soñadora, esa expresión que se adopta cuando el cerebro construye en el éter la fiel imagen de un proyecto que arroba, susurró con tono ausente:

—Imagínate Norman, imagínate por un momento, hazte una idea de lo que puede significar... «Primera antología del asesinato, patrocinada por la prestigiosa firma Electrodomésticos

O'Hara,

futura hada mágica que convertirá su hogar, señora, en un paraíso de comodidades». ¿Lo imaginas, Norman?

Norman no imaginaba nada porque a cada segundo se mostraba más confuso y sorprendido. Lo cual, por lo visto, mermaba notablemente sus irlandesas energías.

—¿«Primera antología del asesinato»...? —susurró la pregunta como si se la hiciera a sí mismo. Inquiriendo en un tono de voz más audible—: ¿No... esto, no te habrás vuelto loco? ¿Eh, Milton?

—En absoluto —negó, moviendo de izquierda a derecha su cabeza de azabache cabello ondulado—, en absoluto. Norman... te

voy a ofrecer la mejor idea que me ha proporcionado mi imaginación desde que me dedico a la publicidad. ¡Es curioso! ¿Qué pensarías si te dijera que la concebí en un sueño?

O'Hara,

retorciéndose los dedos, repuso:

—No sé, no sé lo que pensaría... ¡No sé lo que pienso, diablos! ¡Pero...! ¿Quieres hablar claro de una condenada vez?

Douglas, con aquel rictus entre burlón e ingenuo que curvaba sus labios frecuentemente, le sonrió. Empezando:

—Te haré una breve sinopsis de la idea. Escúchame con atención: Se trata de reproducir en un local cerrado...

A continuación, Milton Douglas expuso la idea que en sueños, allá en Hollywood, dos años atrás, manifestara al entonces director ejecutivo de la

Henriksen & C.^o

Publicity of Agency.

No había pronunciado la última palabra, cuando Norman O'Hara,

presa de un júbilo que casi superaba al expresado antes por su interlocutor, saltando de la silla y estrellando el puño derecho tres o cuatro veces encima de la mesa, aplaudió:

—¡Genial, insuperable, magnífica! ¡Es la idea más aguda e ingeniosa que he oído hasta hoy! ¡Fantástica, Milton, sencillamente fantástica! Eres un tío con toda la barba... ¡diablos que sí, sí, señor!

—Cálmate, Norman, cálmate. A mí siempre me ha parecido buena, yunque ya había llegado a olvidarla. Pero tampoco es para tanto.

—¿Cómo? —Enarcó sus hirsutas y rubicundas cejas—. ¡Y ya lo creo que es para tanto! ¡Y para más también! ¡Ah...! Si cuando yo juzgo a un tipo y digo que vale... ¡es que vale, cuernos! —se dejó caer en el asiento igual que si su explosión de júbilo y alegría se hubiese esfumado por arte de magia. Musitó—: Pero... hay algo que no acaba de convencerme, Milton.

Frunciendo el entrecejo, Douglas, algo preocupado, preguntó:

—¿Y se trata...?

O'Hara,

removiéndose inquieto, frotando su recia barbilla con nerviosismo, anunció:

—El que la reproducción de los crímenes se haga con moldes de cera, arcilla, muñecos de trapo o de madera... eso, eso le resta espectacularidad y brillantez a una idea tan extraordinariamente genial.

Douglas, ofreciendo una expresión de genuino asombro, articuló:

—Pero... tiene que ser así, Norman.

—No —negó obstinadamente con la cabeza—. La gente no viviría la palpitante y morbosa emoción que produce ver matar...

—Entonces —se interpuso Milton—, ¿cómo supones o crees tú que puede hacerse?

Norman

O'Hara

alzó la cabeza sonriendo lo mismo que un pícaro niño travieso. Y dijo, matizando con intención:

—Muy sencillo, Milton, muy sencillo. Escenificando los crímenes... con *seres de carne y hueso*.

—¡Qué! —Douglas se incorporó de un salto apoyando la palma de sus manos en la superficie metálica—. ¿Sugieres...?

—Sugiero, mi querido amigo y publicista Milton Douglas, que como en una representación teatral, se escenifique la reproducción de esos crímenes famosos dándoles la emotividad imprescindible, el mayor e intenso dramatismo que se pueda.

El de los ojos penetrantes fue resbalando hacia su asiento. Y mordiendo el labio inferior, murmuró:

—Norman... tienes muchísima razón, sí. Pero confieso la imposibilidad de que podamos hacerlo como tú dices. Para ello necesitaría de un grupo de actores teatrales, aunque sólo fuesen medianías, grupo del que no podré... podremos disponer. Los del mundo de la ficción están enrolados en compañías teatrales a las que les une un contrato...

—Calma, calma, Milton —recomendó

O'Hara,

lo que no dejaba de ser paradójico. El explosivo multimillonario, producto de un trepidante cóctel tejano-irlandés, aconsejando... ¡calma! Luego de un fugaz paréntesis de silencio en el que se mostró pensativo, dijo resuelto—: Nos estamos olvidando de los fracasados, muchacho. Jóvenes que no cuajan y viejos que se ven obligados a dejar la plaza a nuevos valores. Puede que esos jóvenes y viejos no

reúnan las condiciones necesarias para representar obras de Shakespeare, Pirandello, Tennessee Williams... ¡o un simple vodevil! Pero sí servirían... servirán, para tu... nuestra campaña. ¡Ajajá! «Primera antología del asesinato». ¡Extraordinario! ¿Te das cuenta? Sólo hace falta encontrar a esos actores que no encuentran su sitio y a los fracasados que han tenido que dejarlo. ¿No tienes ningún contacto con el mundillo teatral?

Douglas, una vez más, se mordió el labio inferior.

—Pues... —Forzaba el pensamiento, hasta que de improviso, estentóreo, exclamó—: ¡Espera, Norman, creo que lo tengo! ¡Qué oportuna memoria la mía! Uno de los empleados de la agencia, al que por cierto me une gran amistad, dispone de ese contacto. Su esposa fue actriz en Broadway, aunque se retiró cuando se casaron. No voy a pedirle que ella intervenga porque lo considero de poca ética, pero sí que nos proporcione nombres... ¡Eh, hay otra cosa! ¿Cómo no lo he pensado antes? Paul Xebec, empleado también en la agencia, se inició en su juventud como trapealista de circo aunque un desafortunado accidente puso fin a su carrera; sin duda, debe conocer actores y actrices de sus tiempos, posiblemente, como tú has dicho, viejos fracasados que hayan cedido su lugar... ¡Estupendo, Norman, estupendo! Mi imaginación vuela, vuela, ¡y ya veo la campaña en marcha! Claro... —Se ensombreció un tanto su rostro agraciado y risueño—, necesitaremos de un local, una sala...

—¡Búscala, diablos! —tronó

O'Hara.

Añadiendo—: Y si no existe, si no la encuentras... ¡la haces construir! Ahora mismo... —Mientras hablaba, introdujo la diestra en uno de los bolsillos interiores del saco, extrayendo una estilográfica y un bloc de cheques. Con su habitual dinamismo, rellenó un talón por valor de trescientos mil dólares, que acto seguido empujó hacia Milton. Y preguntó—: ¿Te parece suficiente para los primeros gastos?

Douglas, tomando el cheque entre sus manos, cabeceó:

—Sí, desde luego, por supuesto que será suficiente.

—¡Ah...! —exclamó

O'Hara

—, otra cosa. Para esa campaña, que inicialmente ha de durar como mínimo un año, no serán suficientes ocho crímenes. Y no me parece

favorable el ir repitiéndolos un día y otro, ¿eh?, la gente acabaría por cansarse.

—Eso no es problema, Norman. La enciclopedia del crimen y los criminalistas, desgraciadamente, es muy extensa. Tendremos material suficiente.

Norman

O'Hara

se puso en pie con brusquedad. Ésa era la forma de tomar sus decisiones. Le dio una tarjeta a Douglas, diciendo:

—Ahí tienes mis señas de Nueva York, donde en la actualidad resido. Ya me enviarás los contratos y la documentación anexa que debo firmar, ¿eh? Todo, todo, queda en tus manos, Milton. ¡Ah...!, pero no olvides que soy un hombre impaciente, nervioso, y extremadamente exigente. La amistad que acaba de abrirse entre ambos, que por mi parte te aseguro no ha de truncarse, no es óbice para que le exija a

Henriksen & C.^o

Publicity of Agency por medio de su director ejecutivo, la máxima rapidez, la mayor de las urgencias. Dentro de una semana, plazo que considero excesivo, quiero que me facilites noticias, que me digas cómo marcha... ¡Cá!, que me digas que todo está en marcha. Y dentro de un mes, máximo, ha de darse la primera representación de la campaña publicitaria patrocinada por la firma Electrodomésticos

O'Hara.

¿Estamos de acuerdo?

Milton, que también se había puesto en pie y salido de la mesa, cabeceó, afirmando con acento seguro y firme:

—Te garantizo que será como tú desees. Aunque me pase esos treinta días sin dormir, te doy mi palabra que dentro de un mes la campaña estará en marcha.

—¡Estupendo, Milton! Sé que no defraudarás mi confianza.

Se despidieron con un efusivo apretón de manos. Y Douglas, acompañó hasta la puerta a su nuevo, improvisado, jovial, millonario y simpático amigo.

CAPÍTULO III

Milton Douglas, de regreso a la mesa, se inclinó hacia el intercomunicador... percatándose de que la clavija había quedado abierta desde el momento en que su secretaria le anunciara la visita del explosivo Norman

O'Hara.

Bueno... ¿y qué? No tenía nada de particular que ella hubiese escuchado una conversación de índole puramente profesional. Sonriente, habló:

—Ven a mi despacho, Renata.

Y eso hizo la magnífica mujer de rostro cobrizo, que en aquella ocasión vestía un gracioso trajecito de chaqueta color malva, de ajustadísima y corta falda que ponía de manifiesto unos e insinuaba parte de otros encantos.

Larga la esponjosa cabellera, indiferente la mirada de sus bellos ojos ámbar, preguntó, deteniéndose a pocas yardas de la mesa:

—¿Qué deseas?

Milton, alzando sus negras pupilas de intenso y penetrante brillo, recorrió la estilizada y sugestiva silueta.

—Es una lástima que no nos llevemos bien, Renata.

Soltó ella una carcajada hueca, falsa, irónica.

—Es imposible que me lleve bien con un hombre al que desprecio.

—¿Por qué? ¿Porque no te he pedido que te cases conmigo?

La morena, crispando las exóticas facciones de su rostro, encendidos los ojos, le espetó:

—Entérate bien de una vez por todas, gran hombre:

Prefiero vestirme de negro para asistir a tu entierro, que de blanco para casarme contigo.

Milton, herido en su amor propio, pese a que seguía manteniendo una sonrisa en los labios, inquirió en un raptó de

nerviosismo, con intención burlona pero evidentemente ofensiva:

—¿Has dicho de... blanco? —Ya antes de que ella, encendida como una antorcha deslumbrante, pudiera soltar por sus labios carnosos la retahíla de improperios que se amontonaban en su garganta, le ordenó autoritario—: Encárgate de que se compren todas las ediciones de los periódicos que se publican en esta ciudad apenas sean puestas a la venta, y también, de buscar en la sección de ventas cualquier anuncio que haga referencia a la venta de almacenes en derribo, locales comerciales, etc. Y ahora, cuando salgas, dile a Oliver que venga de inmediato. ¿Entendido?

Renata, haciendo un visible esfuerzo para dominar la despechada animadversión, cada minuto más intensa, que le profesaba a Milton, repuso con voz ronca:

—Sí. Como el señor director ejecutivo ordene. ¿Y no quieres que le comunique al señor Jenny Henriksen el fabuloso contrato que acabas de obtener?

Milton, de súbito, oscuras las facciones, como si estuvieran talladas en granito, se izó de su asiento. Y dijo, drástico el tono de voz:

—Ésta es la última incorrección que te permites en mi despacho. ¡Que te conste y quede bien sentado que no habrá... próxima vez! Porque estoy dispuesto a que dejes de pertenecer a la plantilla de Henriksen & C.^o Publicity of Agency. ¿Lo ha entendido bien, señorita Machado?

La mujer, erguida como una figura mitológica, trémulo su cuerpo exuberante de la rabia e indignación en él contenidas, apretando los dientes, repuso sin soma ni atisbo irónico:

—Entendido, señor Douglas. Si no desea otra cosa, iré a cumplimentar sus encargos.

—Nada más. Puede retirarse, señorita Machado. Renata, con paso vivo, cimbreado como de costumbre, salió del despacho.

Milton, incómodo, bastante nervioso y excitado, no tuvo tiempo material para pensar con detenimiento lo difícil de la situación entre él y su secretaria. Pero eso sí, estaba dispuesto a terminar de una forma drástica y expeditiva con las insolencias y despotismos de ella.

Se abrió la puerta de la derecha, dejando paso a la delgada figura de Oliver Loyn.

—¿Me has llamado, Milton?

—Sí —cabeceó—. Pasa y siéntate, Oliver.

Eso hizo, ocupando la misma silla en que pocos minutos antes estuviera el impetuoso

O'Hara.

—Bien, tú dirás. ¿De qué se trata?

—Pues... —Douglas se mordió el labio inferior, y tras una breve vacilación, dijo—: Se trata de pedirte un favor, en parte para mí y en parte para la empresa, de índole particular. Tú, recuerdo que me has dicho en algunas ocasiones...

Y ya sin subterfugios ni vacilaciones, el director ejecutivo expuso abiertamente el problema, enterando a Loyn del contrato que acababa de obtener de Norman

O'Hara.

Cuando hubo concluido sus explicaciones, Oliver exclamó:

—¡Vaya que me alegro, hombre! Aquel sueño con ribetes de pesadilla que yo te prometí hacer realidad cuando estuviera donde estás tú... ¡mira por dónde! Pero ocurre que... —Los ojos castaño claro de Oliver Loyn se oscurecieron un tanto—, bueno, la verdad es que no sé cómo decírtelo. Sonia y yo —pareció decidirse al fin—, hace una temporada que no nos llevamos bien. Cosas del matrimonio, ¿entiendes? Ella supone que yo podría ser más de lo que soy, y que me resigno a la existencia gris y anodina que llevamos, sin hacer ningún esfuerzo por superarme. Nuestra situación económica es difícil, precaria...

—Entiendo, Oliver, entiendo —le atajó Milton, quien, dándose cuenta de lo penoso que le resultaba a su amigo y compañero revelar las intimidades de su vida matrimonial, confesarse un fracasado, de lo que él, en parte, se sentía culpable, quiso evitar que continuara—. Olvídalo. Ya miraré por otro lado.

—¡No, no, de veras que no, Milton! —exclamó el otro—. Yo le diré a Sonia que venga esta tarde a verte... y así la conocerás. Más de una vez he pensado en invitarte a comer con nosotros, pero... en fin, lo que te decía, ¿eh? Ella vendrá aquí y tú podrás exponerle el asunto directamente. Si soy yo quien le hablo, aunque me resulte vergonzoso confesarlo, prestará escasa atención a mis palabras, y lo que es peor, se negará rotundamente a colaborar.

Milton Douglas, mesándose los negros cabellos ondulados,

experimentando una interior amargura que no quiso exteriorizar, pensando que a veces el compadecerse de la desgracia o mala suerte de otro era aumentarla moralmente, se limitó a decir:

—Como tú quieras, Oliver. Pero si esto ha de reportarte una nueva situación incómoda con tu esposa, déjalo. Comprenderé tus razones, y bien sabes que no me molestaré por ello.

—¡Por Dios, Milton! No seas terco. Yo conozco bien a Sonia. Es posible, incluso, que al saberse útil, al poder demostrarme que puede valerse por sí misma, sus nervios se tranquilicen y de un paso en pro de nuestras buenas relaciones.

—Bien... de acuerdo. Si tú lo crees así... ¡Ah!, ¿quieres decirle a Xebec que venga?

Oliver Loyn se alzó, sonriente y afectuoso, asintiendo:

—Sí. Pero no te fíes de ese jorobado, ¿eh?

—¡Anda, eterno guasón!

Apenas si había transcurrido un segundo desde que saliera Oliver, cuando una voz cascada, áspera, inquirió con recalcada subordinación:

—¿Me permite, señor Douglas?

—¡Adelante, adelante, Xebec! Pase y siéntese. Y, por favor... ¿cuántas veces he de decirle que me siga dando el mismo tratamiento de antes?

—Bueno, yo...

Paul Xebec ya había pasado con largueza de los cincuenta años. Era de regular estatura. Contrahecho, jorobado, aunque no fuese defecto de nacimiento. Sus padres, militantes ambos del mundo de la farándula, le habían iniciado en la vida circense y, Paul, pronto demostró extraordinarias habilidades para el trapecio. Más, cuando su futuro empezaba a vislumbrarse entre los matices del éxito, Xebec, en un ensayo, sufrió una grave caída que le trajo como consecuencia un acusado desviamiento de la columna vertebral. Su amargura nunca llegó a tener consuelo. Y se dedicó a la profesión de oficinista primero y a la de publicista después, como hubiera podido dedicarse a la mecánica o la albañilería.

Tenía poco cabello, apenas si le cubría los aladares, de tinte canoso; y completamente pelado el resto del cráneo. Su faz cetrina, de piel ajada y arrugada, se veía poco favorecida con aquella nariz enorme, grotesca, aguileña. Sus ojos, hundidos en las órbitas,

clavados, no tenían expresión y eran de tonalidad grisácea. La boca, de labios muy gruesos, algo, colgante el inferior, mostraba siempre húmedas las comisuras.

—No hay bueno que valga, Xebec. Yo, para mis compañeros, sigo siendo el mismo de antes. ¿O es que usted hubiera cambiado, de ocupar mi puesto?

—No... esto no, claro que no. Usted... digo, tú has sabido sentarte ahí con dignidad y modestia. Es algo por lo que todos te alabamos.

Milton, con un rasgo de escepticismo, estuvo en un tris de preguntarle si también le alababan él, Aaron y Coe, al reunirse en el café cuando salían de la oficina. Pero tenía cosas mucho más importantes que solventar, por lo que decidió ir al asunto por el camino más corto.

—Pero... ¡síntese, Xebec, síntese! No permanezca de pie, por favor.

—Gracias, Milton, gracias. Tú dirás el trabajo que desees encomendarme.

Douglas, friccionando la carnosa barbilla de gracioso hoyuelo, anunció:

—Verá, Xebec, se trata de un... llamémosle trabajo, algo especial. Un potentado multimillonario llamado

O'Hara

ha dejado en manos de esta agencia...

En distintos términos, pero sin alterar la esencia, narró lo mismo que le explicara a Loyn.

—Bueno... esto, yo, de veras, haré lo imposible por cooperar, Milton. Pero como tú sabes, son muchos los años que llevo alejado del mundillo artístico. No obstante, puede muy bien ser que me tropiece por ahí con algún antiguo amigo sin trabajo que acepte de mil amores, y agradecido por supuesto, el que tú le ofrezcas. A partir de hoy, cuando salga...

—No, no, Xebec. Disponga de todas las horas que estime necesarias. Desde este momento queda autorizado para entrar y salir a las horas que suponga más convenientes. Lo interesante es solucionar la papeleta con la mayor urgencia. ¿Entendido?

—Sí, sí, perfectamente. Voy a empezar ahora mismo. Y conforme vaya reclutando personal, si lo consigo, te iré teniendo al

corriente.

—De acuerdo, Xebec. Y muchas gracias.

—A ti, Milton.

En cuanto el deforme hombrecillo, blanco de burlas y chanzas por parte de los mismos compañeros que fingían brindarle su amistad, hubo salido, Milton Douglas, ordenando sus cabellos un tanto revueltos y no sin pensar en que Xebec le inspiraba un extraño sentimiento de conmiseración, abandonó también el despacho dirigiéndose al de Jenny Henriksen para informar al dueño de la agencia del magnífico contrato que había obtenido.

Al cruzar el *office* de Renata captó por el rabillo del ojo el grupo de periódicos que ella tenía encima de la mesa, de los cuales, estaba leyendo uno atentamente.

En su fuero interno, Milton se alegró de haberle puesto los puntos sobre las íes.

Sonia Brampton, señora de Loyn, contaba unos diez años menos que su marido, por lo que aún podía considerársele joven. El rápido matrimonio entre Oliver y Sonia había sido posiblemente, y no sólo por la diferencia de edad, un grave error. Ambos vivían en mundos diferentes y tenían criterios muy distintos, opuestos podía decirse. Habíanse conocido una noche en que Loyn asistiera a una revista frívola de cierto teatro de Broadway en la que Sonia actuaba de comparsa representando un papel corto, sin apenas importancia. La compañía estaba al borde de la bancarrota a lo cual se debió, en buena parte, que Sonia aceptase las proposiciones matrimoniales de aquel inesperado y vehemente admirador.

Era alta y bien formada, de muy apreciables contornos. Pelirroja, con el cabello peinado a la moda. En su rostro destacaban unos enigmáticos ojos de color verde violeta, con personalidad, escrutadores e inescrutables. Su boca de color rojo ofrecía unos labios bien dibujados. Todavía se conservaban muy sugestivos los salientes de su cuerpo. Llevaba puesto un acertado vestido de cóctel, color *whisky*, de amplio escote.

Milton Douglas, procurando no demostrar excesivo interés en la anatomía de la esposa de su compañero, dijo, un tanto nervioso:

—Disculpe las molestias que le estoy ocasionando, señora Loyn...

—¡Por favor, Milton! —exclamó Oliver con elocuente gesto—. Deja esos tratamientos protocolarios. Podéis tutearos amigablemente. La amistad y el respeto no están reñidos. ¡Y nosotros que alardeamos de estar exentos de prejuicios!

Douglas, turbado, trató de sonreír. Pero la turbación del director ejecutivo de la agencia de publicidad no estaba motivada por las palabras de Oliver, sino por la forma en que ella, su esposa, lo miraba con aquel par de misteriosas pupilas verde-violeta.

—Bien... sí, creo que tienes razón, Oliver.

El aludido, poniéndose en pie, dijo:

—Supongo que me disculpáis, ¿no? Tú ya sabes el trabajo que tengo, Milton —y se inclinó hacia la mujer, rozando su mejilla con los labios—. Hasta luego, querida —se despidió.

Y cuando Milton vino a darse cuenta, Loyn ya había abandonado el despacho. Y se dio cuenta también de cómo ella, despacio, negligente, curvaba los labios en suave sonrisa y cabalgaba una pierna sobre otra, dejando que el vestido sufriera un alarmante encogimiento. No es que a Milton le impresionase contemplar las piernas de una mujer... es, era, que en Sonia Brampton existía un misterioso atractivo, uno de esos «algunos» desconocidos que subyugan, en el que Douglas había quedado prendido nada más verla por primera vez.

—¿Tienes un cigarrillo, Milton?

—¿Eh...? ¡Oh, sí, sí! —Y extrajo un paquete del cajón central, tendiéndoselo a Sonia. Después, cuando ella hubo puesto el cigarrillo entre sus rojos labios, le acercó la llama de un mechero.

La enigmática pelirroja de ojos verde-violeta, exhalando una tupida y olorosa espiral de humo, volvió a preguntar:

—¿Qué desea de mí la

Henriksen & C.^o

Publicity of Agency... o su director ejecutivo?

Milton, carraspeando, dándose tiempo a sí mismo para encontrar las palabras adecuadas por medio de las cuales iniciar la conversación, murmuró:

—Verás... se trata, por así llamarlo, de un favor que te solicita la agencia. Oliver me ha hablado de tus anteriores aptitudes artísticas, por lo cual supongo conservarás amistades de aquella época que...

Una vez más, Milton Douglas explicó los pormenores de la

campana publicitaria que se iba a emprender por cuenta de Electrodomésticos

O'Hara

y, concretamente, el papel que en ella podía desempeñar la esposa de Oliver Loyn.

Concluido el relato, Sonia, antes de hacer comentario alguno, aplastó la colilla del cigarrillo dentro del cenicero de cristal que descansaba en un vértice de la mesa.

—Se diría que tienes miedo de mirarme, Milton. ¿Por qué?

Fingió asombro. Y arqueando las cejas, preguntó:

—¿Por qué había de tenerlo, Sonia?

—Bueno... —sonrió cálidamente—, quizá porque te parezco una mujer interesante, pero inaccesible y prohibida.

—¡No, por Dios! Ciertamente que admiro tu belleza, pero nada más. ¿Qué me respondes?

Los ojos de pupila verde y brillo violeta, misteriosos, se clavaron con intensidad en el rostro varonil y agraciado del atlético muchacho. Tras un silencio, se la oyó murmurar:

—Colaboraré muy gustosamente con la

Henriksen & C.^o...

lo mismo que con su director ejecutivo. Milton...

—¿Sí?

—Por qué no vienes a visitarnos, a cenar con nosotros de cuando en cuando, a... ¿por qué no vienes?

—Te prometo hacerlo en cuanto haya, arrancado definitivamente esta difícil y complicada campaña.

—¿Puedo confiar en tu promesa?

—Puedes... Sonia.

—Bien, entonces, volviendo a los negocios, te garantizo que no tardaré muchos días en reclutar el personal que necesitas. No serán primeras figuras, por supuesto, pero sí encajarás en los papeles que han de asignárseles.

Ella se puso en pie despaciosamente... Milton la imitó y salió de detrás la mesa para despedirla.

—Te agradezco tu interés por colaborar, Sonia. Y no me taches de poco original si te digo que ha sido un auténtico placer el conocerte.

—Creo imaginar, Milton, que tu concepto de esa palabra es

limitadísimo. Conocer... es apenas nada. Yo soy mucho más objetiva... e ilimitada.

El hombre de apuesta figura, ágil, elástica y varonil, mantuvo sus ojos de intenso negro fijos en las enigmáticas pupilas, cautivadoras, atrayentes, de verde violeta, que se movían en las rasgadas órbitas de ella.

—Mi concepto no es limitado, Sonia. Pero la realidad sí lo es. Hay momentos en la vida que un algo maravilloso tiene que reducirse simplemente a un pensamiento, al consuelo vacío de imaginar lo que no será. Puede que tú lo definas como concepto limitado... —Le tendió la diestra, agregando—: Pero insisto en que ha sido un placer conocerte.

Y ella, lánguida y perezosa, moviéndose con indolencia escenificada, ignoró la mano extendida para, luego de alzarse sobre la puntera de sus descotados zapatos negros, deslizar, tenue y suavemente, sus labios por la barbilla de Milton.

—No tardaremos en volver a vernos... —susurró a modo de despedida.

Un suspiro de tranquilidad fue exhalado por la garganta del muchacho cuando Sonia Brampton, señora de Loyn, hubo abandonado el despacho. Situándose tras la mesa metálica, pulsó la palanquita del intercomunicador, preguntando:

—¿Ha encontrado algo en los periódicos con respecto a lo que le he pedido, señorita Machado?

—Nada por el momento, señor Douglas.

Y tras cerrar el aparato, extrajo de uno de los cajones laterales un grueso volumen, encuadernado en tela y con lomo dorado, que hojeó en busca de lo que necesitaba.

Para consumir el resto de la tarde, hasta bien entrada la noche, en recopilar una parte de los datos que le serían necesarios para escenificar la campaña publicitaria que llevaría por nombre: *Primera antología del asesinato*.

Los días que siguieron, más que agotadores, fueron para Milton Douglas auténticamente extenuantes. Y eso, contando con que sus colaboradores, incluso aquéllos en quienes no podía depositar excesiva confianza, como por ejemplo Renata Machado y Paul Xebec, le respondieron sorprendente y admirablemente.

Dio la sensación de que todos, sin discrepancias, estaban dispuestos a que la campaña emprendida por Douglas se culminara con el mayor de los éxitos.

Entre Sonia Brampton y Paul Xebec reunieron, en menos de setenta y dos horas, un grupo más que suficiente de actores y actrices, alguno de los cuales había sido famoso en otros tiempos. Se pudo contar, incluso, con un director escénico.

Milton se encargó de hacer imprimir una serie de libretos en los que se narraba con minuciosa exactitud de detalles las características y pormenores de cada uno de los ocho asesinatos que debían escenificarse en principio, incluyendo una meticulosa descripción de los personajes, situaciones y otras muchas particularidades.

Lo que en principio pareció reunir las dificultades mayores fue el hallazgo del local, pero, gracias a la tenacidad de Renata, el obstáculo se salvó cinco días después, y dos antes de la fecha en que Douglas debía ponerse en contacto con

O'Hara,
informándole del desarrollo de la campaña.

Consiguieron comprar una vasta y extensísima nave, situada al término de Flatbush Street, en las afueras de Brooklyn, ocupada muchos años por una agencia de transportes que la utilizaba como almacén, debido a que la referida agencia había decidido trasladarse más hacia el centro de Nueva York. De inmediato, una vez efectuados los legales trámites de compra, Douglas se hizo con los servicios de dos empresas constructoras, a cuyos arquitectos y aparejadores impuso de las obras a realizar y del escueto plazo que se disponía para terminarlas. A la vista de lo cual, ambas empresas emplearon un numeroso grupo de albañiles, enyesadores, peones y pintores eventuales que, por medio de relevos, trabajaron día y noche ininterrumpidamente.

El impulsivo Norman

O'Hara

no ocultó su satisfacción al saber y constatar el ritmo que Douglas había impuesto a los preparativos de la extraordinaria campaña publicitaria, firmando, complacido, el contrato fabuloso, astronómico, que por la duración de un año y el importe de dos millones cien mil dólares le fue presentado.

Veinte días después, convertida la nave que fuera almacén de paquetes, en espléndido teatro como no había en Broadway ningún otro, comenzaron los ensayos. Y, al unísono, se inició también la propaganda por radio, televisión, periódicos y revistas, incluso en la contraportada de novelas de todo tipo, acerca de la inigualable y maravillosa escenificación de los crímenes más famosos que, con el título de *Primera antología del asesinato* y patrocinada por la prestigiosa firmes Electrodomésticos

O'Hara,

se ofrecería gratuitamente, durante un año, en el

O'Hara

Teatre, ubicado en el 1863 de Flatbush Avenue, Brooklyn.

Desde luego, la publicidad masiva desencadenada hábilmente por Douglas, tuvo impacto en todo el país e incluso trascendió al extranjero. Fue abrumadora la ingente multitud que cada día se agrupó en las vecindades del soberbio teatro, observando con ávida curiosidad los preparativos y, egoístamente, tratando de informarse acerca del aforo para calcular las posibilidades que tenían de formar parte del afortunado número de espectadores que asistieran a la gala inaugural.

Cuatro días antes, Milton Douglas, demostrando una vez más sus dotes sagaces e inteligentes, redactó una nota para que le fuera servida al gran público por medio de todos los servicios de información existentes. En la mencionada nota venía a decirse, aproximadamente, que durante las cuarenta y ocho horas precedentes a la primera representación, y aun siendo por completo gratuitas, podrían retirarse las localidades en taquillas cuya ubicación se explicaba con la mayor exactitud, y ninguna de las cuales estaba situada en el teatro ni en los alrededores, a fin y efecto de evitar la lógica aglomeración, el bullicio, las discusiones de ritual, que en suma hubieran molestado la atención de los actores que ensayaban intensamente.

Desde luego, y sin la menor de las dudas, se había conseguido mucho antes de lo esperado el pretendido objetivo: que los once millones de habitantes que componían el censo aproximado de Nueva York, no hablaran más que de la *Primera antología del asesinato* y de los Electrodomésticos

O'Hara,

que, aunque todos lo ignoraban... ¡todavía no se habían empezado a fabricar!

CAPÍTULO IV

Milton Douglas, en las últimas fechas, había vuelto a usar sus deportivos atuendos.

Por la sencilla razón de que prestaba su ayuda allí donde fuese necesario, sin preocuparse de la clase y condición del trabajo a efectuar. Actitud la suya que, sin duda, no hubiese adoptado el director ejecutivo de cualquier otra agencia publicitaria, considerando, con cierta lógica humana no censurable, que ello significaba menosprecio a su cargo y condición.

Pero al joven director de
Henriksen & C.^o

Publicity of Agency, no le había importado ni tan siquiera pegar carteles. Todo le parecía poco, animado, espoleado por contribuir por arriba y por abajo a la realidad de un sueño que tuviera una lejana noche allá en Hollywood.

Sueño... ilusión... ¿qué más daba? Ambos términos, en aquel caso, podían fundirse y convertirse en uno de solo.

¡Realidad de una ilusión!

¡Hasta le parecía imposible!

La tarde precedente a la representación inaugural, Milton, sentado en la butaca del pasillo de una de las últimas filas del patio de butacas, o platea, echada atrás la cabeza, con rostro de expresión cansada, se repitió una vez más que le parecía imposible, ¡imposible!, mientras contemplaba con los ojos entrecerrados uno de los ensayos finales.

Y se sobresaltó visiblemente al escuchar aquella voz tenue, cálida, que preguntaba en tono quedo, muy cerca de su oído:

—¿Es usted el señor Milton Douglas?

Se incorporó con viveza, exclamando:

—¡Eh...! —Y dando un giro a su testa de ondulados cabellos, repuso—: ¡Oh, sí, sí! Soy Milton Douglas. ¿Qué desea, señorita?

Contestó ella:

—Me llamo Mavis Clarkson. Reportera sensacionalista del *New York Times*. Como comprenderá, señor Douglas, mi página en el periódico se circunscribe a las noticias apasionantes del mundo del hampa. Crímenes horrendos, robos sensacionales, raptos, etc. Usted no es un asesino, lo sé. Ni familiar de un asesinado o de un famoso personaje por cuyo rescate se exige una fortuna. No es nada de eso, señor Douglas... pero hoy, en la ciudad, mejor dicho, en el país entero es usted noticia sensacional. ¿Tiene algún inconveniente a prestarse a una entrevista?

Milton recorrió con atención la grácil figura de la periodista. Tenía un aire infantil, ingenuamente cautivador, que difícilmente podía describirse. Era más bien alta, con silueta de exquisitas curvas. Rubia, de un genuino color oro, peinado en corto el brillante cabello. Su rostro ovalado reunía la impecable perfección de unas facciones suaves. Los ojos, grandes y rasgados, reflejaban la tonalidad azul celeste del cielo y la cándida mirada que no podía esperarse en una reportera sensacionalista. Su boca era menuda, pequeña, de labios ahuecados en sutil arco, con tenue pincelada de *rouge*, de húmedo brillo carnoso. Su figura, de geometría sugestiva, se realzaba en la línea atrevida de un fino suéter negro. Piernas y caderas ceñidas y moldeadas por el ajustado pantalón, también negro, que mostraba una pequeña abertura en forma de «v» al revés, a la altura de sus finos tobillos.

De su frágil hombro colgaba una cámara fotográfica. Y en la diestra aprisionaba una carpeta de tamaño holandés, con cubiertas de plástico anaranjado.

Milton, tras el lapso de silencio en que se había mantenido, escudriñando de pies a cabeza a la simpática y graciosa Mavis, respondió:

—No tengo el menor inconveniente. Adelante, señorita Clarkson. Pregunte usted lo que crea conveniente.

Ella, sonriéndole agradecida, tomó asiento en la butaca inmediata a la que él ocupaba, preparando el bloc que traía dentro de la carpeta para empezar requiriendo una serie de preliminares y personales datos acerca de Milton Douglas.

—¿De dónde obtuvo la idea para emprender este magnífico espectáculo en forma de campaña publicitaria, señor Douglas?

Él, antes de responder, la miró de nuevo, con intensidad, clavando en el bello rostro todo el fulgor penetrante de sus personales ojos negros.

—Llámemme Milton, por favor —musitó. Agregando—: La idea la obtuve en un sueño.

Mavis, arqueando con genuina sorpresa sus áureas y depiladas cejas, repitió:

—¿Un sueño? ¿Puede explicarse mejor, Milton?

Lo hizo, mientras ella iba tomando sus taquigráficos apuntes. Y le preguntó después:

—¿Puede informarme acerca de los crímenes que se van a escenificar en la representación inaugural?

Cabeceó afirmativo.

—Sí, por supuesto. Serán cuatro, los cuales se irán repitiendo durante el número determinado de días que se suponga necesario para que sean presenciados por la ingente multitud que espera apasionada. El primero de los cuatro reproducirá el cometido por John George Haigh, al que se llamó asesino del «baño ácido», la noche del 18 de febrero de 1949, en la persona de la anciana *mistress* Durand-Deacon, quien durante muchos años había residido en un hotel de South Kensington. Haigh la sumergió en un baño ácido y los restos de la infortunada mujer, su esqueleto medio corroído y varias piedras de sus riñones, junto con el asa de un bolso de plástico rojo, fueron hallados en un deshabitado patio de Crawley. Tiempo después, al ser detenido, John George Haigh se confesó autor de ese y otros crímenes.

»El segundo y tercero, puesto que están unidos por el vínculo de un mismo asesino, reproducirán los perpetrados por William Henry Durrant, estudiante de Medicina en el Cooper College de San Francisco, el 3 y 12 de abril, respectivamente, del año 1895. La primera víctima fue Blanche Lamont, su prometida, que, como Durrant, era miembro oficial de la iglesia baptista Emmanuel. La segunda fue Marion “Minnie” Williams, íntima amiga de Blanche, quien sospechó que el prometido de ésta tenía que ver en su misteriosa desaparición. La mañana del 13 de abril de 1895, el pastor J. George Gibson halló forzada la puerta de la iglesia y, poco más tarde, en la biblioteca, un cadáver horrorosamente mutilado, identificado posteriormente como el de Marion Williams. En su

pecho tenía clavado un cuchillo. Al día siguiente, un policía que estaba de servicio en la iglesia, subió casualmente al campanario y halló, bajo la campana, el desnudo y ensangrentado cuerpo de Blanche Lamont. Los detectives, por las pistas, intuyeron que el asesino era zurdo, y debido a esta particularidad y otros detalles, procedieron al arresto de Durrant.

»El cuarto será una reproducción del último asesinato de Jack el Destripador, o asesino de Whitechapel, cuya nefasta y sádica productividad trajo en jaque durante mucho tiempo a los eficientes funcionarios de Scotland Yard, sin que nunca llegaran a detenerle. Ese último crimen fue el más terrorífico, probablemente porque fue también la única ocasión en que el asesino operó en una estancia interior, sin temor a verse interrumpido en su macabra tarea. La víctima fue Mary Kelly, de veinticinco años de edad, que ocupaba una habitación de

Miller's

Court, Spitalfields, y la fecha el 9 de noviembre del año 1888. Jack, no sólo la mutiló, sino que le cortó los senos y le quitó el corazón y los riñones, dejándolos encima de una mesita.

El cimbrense cuerpo de la periodista viose azotado por un vivo estremecimiento de horror.

Pero prosiguió su tarea, infatigable, preguntando:

—¿Le ha sido difícil obtener unos datos tan exactos con respecto a los crímenes?

—Bueno... —sonrió—, han surgido tantas dificultades para llevar a buen término esta campaña publicitaria, que una vez salvadas todas, por fortuna, no quiero pensar en lo que ha sido fácil o difícil.

—¿Cuántos asesinatos se reproducirán, en total, a través de la campaña *Primera antología del asesinato*?

Milton, mirándola con mayor interés e intensidad a cada segundo, contestó:

—No puedo ofrecerle una respuesta concreta. El número total queda condicionado a las veces que se vayan repitiendo las representaciones.

—¿Está satisfecho de su labor, Milton?

—Por completo. Y de la de cuántos han colaborado anónimamente al logro y éxito de mis proyectos.

Mavis Clarkson, guardando bloc y lápiz con rapidez, preguntó, fuera de la entrevista:

—¿Le importa que le tome unas fotos, Milton?

—En absoluto.

Ella preparó su cámara con hábiles y dinámicos movimientos profesionales, impresionando varios clichés desde distintos ángulos y posiciones. Luego, tendiéndole la mano al muchacho, dijo:

—Ha sido usted muy amable, Milton.

—¡Eh... señorita Clarkson! ¡Mavis! ¡Espere un momento, por favor!

Y aunque saltó de la butaca, corriendo pasillo abajo, cuando asomó a la entrada del teatro, apenas pudo ver el polvo que envolvía al auto que se alejaba velozmente.

—¡Diablo de chica! —exclamó.

SEGUNDA PARTE

El horror

CAPÍTULO V

Aquella noche, pensó Milton Douglas, luego de mirar una y otra vez el imponente aspecto que ofrecía el

O'Hara

Teatre, pasaría a ser recuerdo maravilloso e indeleble durante el resto de su vida.

Y en la ciudad, incluso, se hablaría en días y meses sucesivos de la apoteosis alcanzada por la presentación de la *Primera antología del asesinato*.

Platea, anfiteatro y primer piso, llenos, atiborrados a rebosar.

—Milton... jamás he conocido un publicista que lograra semejante éxito en el transcurso de su carrera profesional. Porque ni tan siquiera la agencia puede apuntárselo...

Giró la cabeza Douglas hacia quien le hablaba. Un hombre de edad muy avanzada, con el cabello completamente blanco, afable y bondadosa la expresión de su rostro arrugado, bajito, cargado de espaldas, dando la sensación que tanta vida ya pesaba sobre él de forma agotadora.

—Señor Henriksen —le atajó el director ejecutivo de su empresa —, en justicia, este éxito lo comparte usted en más de su cincuenta por ciento. ¿Quién sino usted, con la confianza que demostró al ascenderme, me ha facilitado el camino para llegar hasta aquí?

Negó el anciano, moviendo su cabeza nívea.

—No, Milton, no; aunque te lo agradezco, no puedo aceptar ni un medio por ciento de tu triunfo. ¿Facilitarte el camino... has dicho? Hay hombres a quienes se lo están facilitando un día tras otro y son incapaces de lograr tan siquiera la milésima parte de un triunfo como éste.

—¡Sensacional, sensacional! —intervino una nueva voz en la conversación, al tiempo que sobre la espalda de Milton restallaban sonoros manotazos—. ¡Magnífico... ajajá! ¡Cuando yo dije que tú

valías... cuando yo lo dije!

Allí estaba el explosivo tejano de ascendencia irlandesa, enfundado en un traje de rigurosa y severa etiqueta, sonriendo con la boca y los ojos, rezumando felicidad y satisfacción por todos los poros de su vigoroso cuerpo.

—Gracias a que tú supiste matizar mi idea debidamente, Norman.

—¡Qué matiz ni qué ocho cuartos! —estalló el de pecoso rostro sanguíneo—. ¿Oye... oye lo que dice, señor Henriksen?

—Sí... —Cabeceó el fundador de
Henriksen & C.^o

Publicity Agency—, lo oigo. Milton está empeñado en rechazar toda la gloria que le corresponde por entero.

—¡Y claro que le corresponde! —

O'Hara

siguió palmeándole la espalda—. Y yo, que soy persona agradecida y sé recompensar adecuadamente a quienes trabajan y me sirven bien, he pensado... ¡demonios!, he pensado en darle un diez por ciento neto del beneficio que Electrodomésticos

O'Hara

obtenga con la venta de sus aparatos.

—¡Por Dios, Norman! ¡Eso es demasiado! Tú... me contrataste para efectuar una campaña publicitaria y has abonado religiosamente el importe del primer ciclo de la misma. Eso es todo. Me he limitado a cumplir con mi obligación...

—Lo que Norman

O'Hara

dice —le cortó el recio multimillonario—, es igual que si lo firmara delante de cien notarios. Tú tendrás ese diez por ciento... ¡y no me repliques! Vamos, señor Henriksen, venga conmigo. La representación no tardará en comenzar.

Y se alejaron los dos hombres, dejando solo al genial autor de lo que algunos periódicos habían vaticinado y calificado como: «El éxito del siglo».

—¿Recuerdas la promesa que me hiciste, Milton? Ahora ya tienes arrancada esta difícil campaña, ¿no?

El atlético y firme muchacho de cabellos azabache ondulados y penetrantes ojos negros, giró el rostro a su derecha.

Sonia Brampton, señora de Loyn, estaba allí... estaba extraordinaria. Y aunque el ceñido traje de noche era alquilado, sentaba a su cuerpo magníficamente.

—Sí... desde luego —musitó Milton, envolviéndola en una mirada de arrobó, sintiéndose otra vez cautivo de aquellos enigmáticos ojos de fulgor verde-violeta, escrutadores e inescrutables. Y tratando de zafarse a la peligrosa tensión del momento, le preguntó—: ¿Dónde está Oliver?

Ella, lánguida y parpadeando sugestivamente, repuso con indiferencia:

—En casa. Desde hace unos días se siente mal del estómago. Ha preferido quedarse descansando y me ha rogado que le disculpara... tiene un admirable sentido de la amistad, ¿sabes? Se consideraba obligado a venir, a estar contigo esta noche, puede que a imaginar que compartía el éxito... ¡pobre diablo estúpido!

—Sonia, te lo ruego. Estás hablando de tu marido.

—¿De veras? Sí, es cierto. Aunque me olvido de eso con frecuencia.

En aquel preciso instante empezó a oscurecer la brillante iluminación que bañaba el

O'Hara

Teatre. Y Milton quiso aprovechar la contingencia, diciendo:

—Discúlpame, Sonia. Tengo que dar las instrucciones finales.

—Comprendo —sonrió ella, coqueta—. Pero no olvides que prometiste venir a casa a... visitamos.

El joven director movió la cabeza afirmativamente, se despidió con algo de torpeza, se fue con largas zancadas hacia el vestíbulo del teatro.

Que, cosa lógica, contrastando con el interior, estaba impresionantemente desierto.

Milton, que no solía fumar por hábito, experimentó la agobiante necesidad de llenar sus pulmones con el humo de un cigarrillo. Y lo prendió. Era de todo punto lógico su estado de ánimo, precisamente en el momento que su sueño, su idea, su ilusión, iban a cristalizar en medio de un ambiente fastuoso y apoteósico. El nerviosismo acumulado y contenido en el transcurso de aquel mes agotador, febril, del que había pasado la mitad de las noches en blanco, tenía que manifestarse en una u otra forma. La calma, el relax, el

alejamiento de aquel tinglado gigantesco urdido por su fértil cerebro, la soledad... le hacían tanta falta como el cigarrillo que se estaba fumando.

Y así fue como de una forma inconsciente, igual que si sus movimientos obedecieran a un impulso ajeno y desconocido, Milton Douglas, renunciando a contemplar el momento definitivo en que culminaba su ilusión, salió del

O'Hara

Teatre, echando a caminar hacia el núcleo urbano de Brooklyn.

Sin percatarse de que alguien caminaba también, a su espalda, en silencio, siguiendo sus pasos.

Laura Donovan era una anciana pequeñita, de rostro menudo y piel muy arrugada, que no tenía en el mundo más compañía que la de Virginia Andrews, propietaria de la pensión en donde se hospedaba, 129 de S. 4th Street, y la de un diminuto y simpático perrito al que Laura dedicaba un cariño casi maternal.

Llegar a los setenta años, luego de haber visto morir a su esposo y a sus dos hijos, había sido un martirio para Laura, quien, miles de veces, habíase lamentado de no poder ofrecer su vida a cambio, al menos, de la de sus hijos; que había manifestado también, miles de veces, su deseo de morir.

«—¿Puede saberse qué hago yo en el mundo?».

Laura Donovan, aquella noche, como todas las precedentes desde hacía tiempo, salió para proporcionar a su perro el nocturno y cotidiano paseo.

Su patrona, Virginia Andrews, le dijo más de una vez:

—No me parece prudente que ande usted sola, señora Donovan, a estas horas de la noche.

—Pero, hija... hija mía, si es un corto paseo, si apenas tardo diez minutos. Además, ¿quién puede tener interés en causarle daño a una insignificante vieja como yo?

Y Laura Donovan salía a pasear el perro.

Echaba por la S. 4th Street adelante, un par o tres de cuadras, iniciando después el camino a la inversa, ya de regreso a la pensión.

Y eso estaba haciendo aquella noche.

Antes de alcanzar Bedford Street, en un pequeño pasaje sin salida que la gente de los vecindarios adyacentes aprovechaban

como estercolero, tirando basuras, desperdicios, excretando incluso por las noches, si estaban cerca y no podían esperar hasta llegar a sus casas, le sorprendió a la anciana el blanco reflejo de un objeto que por su color nieve destacaba en la oscuridad.

Se detuvo, miró hacia el interior del angosto pasaje, avanzó unos pasos guiada, sin duda, por la curiosidad. Preguntándose qué sería aquello tan blanco que habían abandonado allí. Su vista, no muy buena ya, más que eso, precaria, de limitado alcance, la obligó a seguir avanzando y en un tris estuvo que al tropezar con latas, cubos y piedras no perdiera su ya inseguro equilibrio.

—¡Caramba...! —exclamó en un susurro, al reconocer la naturaleza de aquel objeto blanquísimo que había llamado su atención—. ¡Si es una bañera! Y, aunque antigua... parece que está en buen uso. ¿Cómo... quién se habrá desprendido de una bañera en buenas condiciones?

Pero el detalle que no captaron los cansados ojos de Laura Donovan fue aquel humo tenue, amarillento, que surgía del interior de la bañera.

Ni tampoco llegó a su nariz aquel tufillo desagradable y penetrante.

—Se lo diré a Virginia... quizá ella quiera aprovecharla —musitó la anciana, retrocediendo, tanteando la desconchada y medio derruida pared.

De súbito, unas manos que parecían haber nacido en la oscuridad, atraparon el quebradizo cuerpo de Laura Donovan, alzándola del suelo con relativa facilidad, llevándola por el aire hacia aquella bañera en buen uso que había motivado su interés.

—¡Qué... qué hacen! ¿Quién me ha cogido? —Sólo un tenue susurro surgió de sus labios ajados y descoloridos, constreñida su garganta por una invisible tenaza de horror.

El frágil y menudo cuerpo de la anciana fue alzado un poco más por aquellas manos misteriosas, justo encima de la bañera, que ahora podía verse medio llena de un líquido burbujeante, de tonalidad ocre, del que se alzaban unas columnas de humo parecidas a unos fuegos fatuos.

—¡Socorr...!

La exclamación murió, sin terminar, en boca de Laura Donovan, cuando violentamente fue arrojada al interior de la bañera.

El burbujeo de aquel líquido extraño se hizo mucho más intenso y también las columnas de humo aumentaron su densidad. Se escucharon gruñidos ininteligibles. Y también una risita seca, breve, diabólica, surgida de la garganta del misterioso ser confundido entre las tinieblas, cuyos ojos, con sádico brillo, contemplaban... *cómo el burbujeo de aquel líquido color ocre iba corroyendo el cuerpo de Laura Donovan*. Minutos después, un bolso de plástico rojo fue arrojado al interior de la bañera.

Volvió a percibirse la satánica risita.

Luego, ladró un perro.

Y la sombra, que procedente del pasaje estrecho y angosto desembocaba a la S. 4th Street, estuvo a punto de tropezar con una mujer de mediana edad que, nerviosamente, mirando de un lado para otro, avanzaba con presurosas zancadas.

—¡Oiga...!

—¿Es a mí?

Virginia Andrews, gracias a la mortecina luz que derramaba una farola cercana, pudo distinguir el rostro de aquel hombre embutido en oscuro gabán de cuello alzado, sombrero echado sobre las cejas y manos en los bolsillos, que se había inmovilizado al oírla.

—Sí... sí —afirmó. Inquiriendo—: ¿Ha visto por casualidad a una anciana...?

—¿Con un perro?

—¡Sí... sí...! ¿La ha visto?

—Está dentro del pasaje, señora.

Y ya estaba muy lejos el enigmático asesino cuando un grito horrísono, alucinante, desgarrador, taladró el silencio de la noche con agudo y estremecedor eco.

Maida Larding, procurando esconderse en las sombras para evitar la insolencia con que algunos hombres, borrachos o no, solían manifestarse de noche, caminaba con pasos vivos, acompañada del rítmico taconeo de sus altos zapatos.

Sin dejar de preguntarse qué motivos habían obligado a su amiga Elizabeth a telefonearle con tanta urgencia, con aquella voz atropellada y nerviosa que no parecía la suya, suplicándole que acudiese de inmediato a la iglesia ubicada en la confluencia de South Street con Row East

B'way.

Conocía bien a Elizabeth Wynter, compañera de trabajo, íntima amiga, y le constaba que era una muchacha comedida, prudente, tranquila, exenta de las angustias que solían caracterizar a la juventud de aquella época. Además, Elizabeth, Liz como la llamaba ella, tenía unos nervios muy templados y un total dominio sobre sus emociones.

¿Qué le habría sucedido pues, a semejante hora, para llamarla con un nerviosismo y desesperación nada comunes a su carácter?

Renunció a seguir atormentándose con dudas y pensamientos, para imprimir mayor velocidad a su avance, casi correr, hacia el lugar de la cita, del que apenas le separaban ya unas doscientas yardas.

Por un momento, Maida experimentó la agobiante y extraña sensación de que alguien la seguía. Se detuvo en seco, bruscamente, y giró la cabeza atisbando a su espalda. Suspiró. Los nervios y la inquietud la estaban traicionando. Nadie, excepto las sombras de la noche, iba tras ella.

Minutos después alcanzaba la confluencia de South Street y Row East

B'way,

deteniéndose frente a la puerta de entrada de la iglesia. Escrutó el oscuro manto de tinieblas que la rodeaban sin descubrir vestigios de presencia humana.

—¡Elizabeth! ¡Liz...! —Un tímido susurro huyó de sus labios. Y tras unos segundos esperando la contestación, que no llegó, temblando ligeramente, se dispuso a repetir—: ¡Liz...! ¿Estás ahí?

Nada. Silencio.

—¡Liz... por el amor de Dios, respóndeme! ¿Estás ahí?

Nada. Silencio.

Maida Larding empezó a notar que una ola de intenso pánico se apoderaba de todo su ser haciéndola zozobrar, produciendo en su espinazo una serie de heladas ráfagas que, al mismo tiempo, la electrizaban.

Instintivamente, mirando a su alrededor con los ojos desorbitados, retrocedió un paso, dos...

Y al tercero fue cuando estalló contra su nuca aquel objeto duro, de aristas agudas y dentadas, que una mano misteriosa manejaba en

la oscuridad con sádica precisión. Los golpes, apagados, se produjeron sucesivamente, poniendo en el silencio su macabro y ahogado eco.

Maida Larding, sin exhalar gemido ni suspiro, cayó entre unos dedos enguantados que sujetaron su cuerpo ensangrentado y lo arrastraron hacia el portal de la iglesia, escondiéndolo en un ángulo, donde las tinieblas eran prácticamente impenetrables.

Volvió a reinar el silencio, aunque por espacio de pocos minutos ya que, pronto, se percibió un femenino y nervioso taconeo.

—¡Maida... soy Elizabeth! ¡Maida...! ¿Estás ahí? ¡Menudo susto me has dado con tu llamada! ¿Qué sucede? Pero... ¡Maida!, ¿dónde estás?

Elizabeth Wynter avanzó un par de yardas escudriñando las negruras de la noche con ojos refulgentes, ávidos.

—¡Maida!

Algo zigzagueó frente a los ojos refulgentes y ávidos inundando la oscuridad de esquirlas azuladas. Algo que con rapidez centelleante... se hundió, hasta cinco veces consecutivas, en el pecho de Elizabeth Wynter.

—¡Aaah...!

Una mano enguantada cayó sobre los labios de la muchacha silenciando aquel estertor agónico. Luego, con cierta dificultad, su cadáver fue arrastrado junto al de su amiga, Maida Larding. Pudo oírse después el quejido tenue de una cerradura en la que hurgaban dos utensilios de hierro y, por último, saltando, un... ¡croc! La pequeña puerta recortada en el amplio portalón de la iglesia cedió adelante con suave crujir. Y aquel par de manos enguantadas, que tanto horror estaban repartiendo en las sombras de la noche, arrastraron primero un cuerpo y luego otro, al interior del recinto.

Brilló el reducido haz luminoso de una linterna sorda.

Y por espacio de más de media hora pudieron oírse, aunque ahogadamente, roces, ruidos y el jadeo de una respiración fatigosa. Hasta que, de improviso, el enigmático criminal de la noche, tropezó con un pie de bronce que sostenía una palmatoria. Fue considerable el estrépito y aumentado por las proporciones del recinto que, como una cabina estereofónica, amplió el eco vibratoriamente.

Casi de inmediato se abrió una puerta, se encendió una luz y

alguien corrió, preguntando:

—¿Quién anda por ahí dentro? ¿Qué sucede?

El pastor Alex Carlson casi se dio de bruces con el hombre, de oscuro gabán y sombrero echado hacia las cejas, que corría en dirección opuesta a la suya, rumbo a la puerta de salida.

Fugazmente, quince segundos máximo, fueron suficientes para que sus ojos captaran el rostro cuya visibilidad dificultaba la poca luz y el sombrero.

Un violento empujón dio con la espalda del pastor en tierra, mientras el hombre del gabán oscuro corría por el pasillo formado entre la doble hilera de bancos, alcanzando la puerta, salvándola y perdiéndose, al fin, en las tinieblas que envolvían la calle.

El profundo sueño en que estaba sumida abandonó sus sentidos para introducir en ellos la angustiada sensación de que no estaba sola en el dormitorio.

Alma Krew, crispando las manos en el embozo de las sábanas, hizo un intento desesperado por horadar con sus ojos el negro ámbito que llenaba la estancia.

Sin saber el cómo ni el por qué, su terror creció extraordinariamente en cuestión de pocos segundos. Tenía la mente del todo despierta igual que si fueran las doce del mediodía, los párpados abiertos al máximo... y un pánico alucinante a lo largo de su cuerpo.

¡Era absurdo...!

El miedo sin causa justificada siempre era absurdo... y siempre era imposible de dominar. No existía forma humana de desterrarlo.

Alma, mordiéndose los labios, sintiendo unas gotas de sudor glacial perlando su frente, pensó que quizá encendiendo la luz... ¡No, la luz, no! ¡No!

¿Entonces? ¿Era preferible pasarse la noche en vela, escuchando la silenciosa voz del miedo?

Súbitamente, sin pensarlo, se incorporó. A tientas, sus dedos tropezaron con el conmutador eléctrico, accionándolo.

¡La luz!

¡Y allí estaba el motivo que con terrible expresividad justificaba su sensación de terror!

Un ser confuso, oscuro, que empuñaba con la diestra enguantada un hacha de mediano tamaño, de las que se llamaban de cocina.

Alma Krew, pasados los segundos de tétrica sorpresa que habían oprimido su garganta, lanzó un desgarrador aullido:

—¡Aaaaaah!

Eso fue todo.

Fue todo, porque el diabólico personaje saltó sobre ella descargando una serie de horrendos hachazos, brutales, terribles.

La cabeza casi salió despedida del tronco, quedando colgada macabramente por fuera de la cama. Alma Krew, destrozada, bañada en sangre, sangre que lo salpicó todo en forma satánica, ofrecía un aspecto infrahumano. De su figura tórrida, sensual, pletórica de vitalidad y encanto unos segundos antes, sólo quedaban pedazos, porciones, flotando sobre las lagunas sanguinolentas.

Pero el asesino, con un sadismo que la imaginación más febril no hubiese sido capaz de concebir en el más retorcido de los seres, prosiguió su amputadora tarea, la consumió hasta el límite, dejando tras él una espeluznante carnicería humana.

Ya fuera del apartamento, se tropezó con el individuo que surgía de la puerta contigua, despertado, sin duda, por el desgarrador aullido que lanzara Alma Krew.

—¡Eh...! ¿De dónde sale usted? ¿Qué ha estado haciendo en el piso de Alma? —preguntó James Connery, un tanto indeciso con respecto a la actitud que debía adoptar.

El del gabán oscuroladeó ligeramente la cabeza, miró al otro unos instantes y, de súbito, echó a correr con veloces zancadas por la escalera abajo.

—¡Deténgase... deténgase! ¡Maldita sea! —masculló Connery, que los segundos perdidos en adoptar una decisión le llevaron a tropezarse con sombras y oscuridad cuando desde el portal asomó a la calle, escrutando nerviosamente de un lado para otro—. ¡Maldita sea! —Gruñó, volviendo sobre sus pasos para interesarse en lo que hubiera podido sucederle a su encantadora vecina Alma Krew.

Cuando Milton Douglas, cansado de caminar sin rumbo fijo, vació el pensamiento, como un autómatas, decidió regresar al

O'Hara

Teatre, las manecillas del reloj casi rozaban las dos de la madrugada.

Pero aquel paseo le había sentado maravillosamente bien a su

sistema nervioso. Estaba más calmado y tranquilo, relajado. Aquella especie de yoga físico y mental había contribuido a proporcionarle la serenidad que tanto necesitaba tras la agotadora y extenuante tarea a que se viera sometido durante treinta pesados días.

Penetró en el teatro unos cinco minutos antes de que concluyera la escenificación del horrible crimen cometido por el asesino de Whitechapel, Jack el Destripador, en el cuerpo de una bonita muchacha llamada Mary Kelly.

Al caer el telón se escuchó una cerrada salva de aplausos, una ovación inenarrable, un frenético y prolongado vitoreo que pareció no iba a terminarse nunca.

Se encendieron, al fin, las luces de la sala.

Paul Xebec, el contrahecho y grotesco empleado de Henriksen & C.^o

Publicity of Agency, que tiempo atrás había visto morir su última esperanza, luego de aquel éxito clamoroso supo que podía enterrarla definitivamente. Pero aun así, al cruzar por la vecindad de donde se encontraba el joven director, le dijo:

—Felicidades, Milton. Ha sido un triunfo sensacional.

Sonriendo tenuemente, repuso Douglas:

—Gracias, Xebec. Usted también ha aportado su grano de arena al triunfo.

—Un grano... nunca hace una playa, Milton —y se alejó hacia la salida.

Norman

O'Hara,

jubiloso, resplandeciente el sanguíneo rostro, se plantó al lado de Milton, propinándole los manotazos de rigor.

—¡Ajajá, muchacho! ¿Dónde diablos te has metido?

Douglas, confuso, suponiendo que sonaría extraño el que hubiera renunciado a presenciar la plasmación del trepidante espectáculo concebido por su mente, articuló:

—Pues... por aquí, por aquí. Por el pasillo. Ya entiendes, ¿no? Los nervios...

—¡Sí, hombre sí! ¡Menudo exitazo, vaya que sí! ¡Menudo exitazo! Ya verás, mañana, lo que dirán los periódicos. Oye... te encuentro extraño, Milton. ¿Sucedo algo?

—¡No, no, claro que no! —se apresuró a negar con forzada

sonrisa—. Es... es la emoción, ¿sabes?

—¡Claro, claro que sé! ¡Si yo estoy que no me tengo! ¡Menudo exitazo... menudos electrodomésticos que voy a vender!

Frente a ellos apareció en aquel instante la sugestiva figura de una muchacha rubia, bien formada, que empuñaba una cámara fotográfica provista de *flash*.

—¿Permiten que les tome unas fotos?

Milton, con evidente sorpresa, exclamó:

—¡Mavis! ¿Por qué se fue ayer...?

—Tenía que preparar mi artículo para la imprenta, Milton —repuso ella con aire profesional—. Y ahora, por favor, ¿quieren ponerse más juntos?

Brilló la cegadora luz del magnesio.

—Ahora, separados, por favor. Eso es... gracias.

—¡Eh... Mavis, espere, espere! —corrió el publicista tras ella cuando la vio emprender una retirada tan veloz como la del día anterior.

Mavis al ser atrapada por un brazo, giró sobre los tacones de sus planos zapatos.

—¿Qué desea, Milton?

Douglas, al sentir en él la mirada de aquellos ojos de purísimo y cándido azul, no pudo evitar un estremecimiento. Algo turbado, musitó:

—Esto... Mavis, ¿no podríamos volver a vernos fuera del ambiente profesional?

Una suave sonrisa iluminó el bonito rostro de la reportera.

—Está usted muy alto, Milton. Hoy por hoy, su cotización supera a la de los astros de Hollywood. Un hombre tan ocupado no dispone de tiempo para perder con una simple periodista. Le ruego que me suelte, Milton. Tengo que revelar las fotos y escribir el artículo, y son ya...

—Como usted quiera, Mavis —musitó el apuesto hombre de cabellos y ojos negros, con voz en la que vibraba una nota de desencanto, abriendo los dedos que aún ceñían el tibio brazo de la rubia muchacha.

—Adiós...

La vio salir al vestíbulo, quieto, inmóvil, sin pronunciar una palabra de respuesta, sin musitar otro «adiós». Preguntándose,

quizá, qué era lo que en ella despertaba su interés...

—¿Fascinado por la rubita, Milton? —inquirió una voz cálida, a su espalda.

Dando la vuelta, se encontró frente a la perezosa y bien contorneada figura de Sonia Brampton, señora Loyn. Douglas, esbozando una sonrisa ingenua, fingida, preguntó a su vez:

—¿Decías...?

Aletearon las rizadas pestañas por entre las que surgía el fulgor enigmático de aquellos fascinantes ojos verde-violeta. Y la boca, de labios en los que brillaba una espesa capa de *rouge*, sonrieron también con rictus burlón.

—Nada... —musitó insinuante—, cosas de mujer. ¿Me acompañas a casa, Milton?

El muchacho ofreció en su rostro varonil y agraciado una expresión de tristeza que muy bien podía pasar por genuina. Y dijo:

—Cree que lo haría gustoso, Sonia. Pero debo reunirme con el director escénico, el señor Henriksen y el señor O'Hara

para ultimar detalles con respecto a la representación de mañana.

La mujer, fingiendo aceptar las explicaciones, repuso:

—Entiendo, Milton. Pero... ¿cuándo dispondrás de tiempo para cumplir tu promesa?

—Pues... te aseguro que dentro de unos días iré a cenar con vosotros. ¡Ah...! Y dile a tu marido que si mañana no se encuentra bien, no cometa la imprudencia de presentarse en la oficina.

Sonia, matizando intencionadamente las palabras, desgranó:

—Eres muy amable... cuando de Oliver se trata. Buenas noches, Milton.

—Buenas noches...

Y al dirigirse hacia el interior del teatro a punto estuvo de tropezar con la exuberante Renata que, elegantemente ataviada, caminaba cadenciosamente en sentido inverso.

La oyó decir:

—Le felicito por su éxito, señor Douglas. Y... deseo que tenga otros más sonados.

Milton Douglas creyó advertir una oculta, extraña intención, en la última frase pronunciada por los labios de la tropical morena. Figuraciones suyas...

CAPÍTULO VI

La secretaria del director ejecutivo de
Henriksen & C.^o

Publicity Agency había ocupado de cumplir diligentemente las órdenes recibidas de aquél. Por eso Milton, a la mañana siguiente, encontró encima de la mesa de su despacho un Ejemplar de la edición matutina de todos los periódicos neoyorquinos.

Arrellanándose en la butaca, con un gesto de cansancio en el rostro, Douglas buscó entre los rotativos el ejemplar que correspondía al *New York Times*. Pensando, casi sin pensarlo, aunque suena a paradoja absurda, en la grácil muchachita de corto cabello color oro, ingenuamente cautivadora, que poseía unos ojos rasgados con la tonalidad azul celeste del cielo... una boca menuda, pequeña, de labios arqueados y húmedamente carnosos.

Pensó también en lo dulce y delicioso que debía ser el besar de aquella boca...

El y

O'Hara

venían fotografiados en primera página. En dos instantáneas aparecían juntos. Y en cada vértice opuesto del rectángulo negro que enmarcaba el artículo, dentro de una circunferencia, estaban sus rostros por separado.

Todos los periódicos glosaban extensamente la apoteósica acogida que el público había deparado a la gala inaugural de la *Primera antología del asesinato*, pero sólo el *New York Times* publicaba las fotos de Norman

O'Hara

y Milton Douglas.

Una vez hubo leído con detenimiento el artículo que firmaba la periodista sensacionalista Mavis Clarkson, el apuesto muchacho de

ondulado cabello azabache y varonil rostro agraciado, hojeó el resto del periódico.

Y en la penúltima página, un rótulo de alargados y gruesos caracteres en negro, llamó poderosamente la atención de Milton Douglas. Lo habían titulado así:

«¡CADENA DE ASESINATOS!»
¡CUATRO CRÍMENES EN UNA NOCHE!

Instintivamente empezó a leer con avidez. Y a medida que sus ojos negros iban avanzando por encima de las líneas el rostro de Milton fue mudando de color, empalideciendo, hasta que se tornó lívido, cadavérico. ¡Porque aquellos cuatro crímenes que glosaba el sensacionalista artículo eran una representación real de los que se habían escenificado en su... *Primera antología del asesinato!*

Aturcido, estupefacto, moviendo la cabeza como un autómatas, musitó:

—¡No... Dios Santo! ¡No puede ser verdad! ¡No es posible!

Milton se dio cuenta de que las manos le temblaban, de que todo su cuerpo zozobraba igual que si lo estuvieran flagelando con un látigo. Torpe, nerviosamente, descolgó el auricular del teléfono de línea directa, discando en el dial el número de Norman O'Hara.

Los segundos de espera se le hicieron interminables, largos como una sucesión de siglos.

—Presidencia del señor

O'Hara,

¿quién habla?

—Puede... esto... ¿hace el favor de... de comunicarme con el señor

O'Hara?

—¿Quién le llama?

—Milton... Milton Douglas.

—¡Ah! Tenga la bondad de aguardar un momento, señor Douglas. Enseguida le paso la comunicación.

Nuevos segundos de silencio. Y, al fin, la voz cordial y explosiva del multimillonario, casi aullando:

—¡Eh, muchachote! ¿Qué me cuentas en esta feliz mañana?

—¡Es horrible, Norman! ¡Lo que ha sucedido es horrible!

¡Diabólico!

—¡Pe... pero! ¿Qué mosca te ha picado, Milton? ¿Estás borracho o qué?

—No... no... los crímenes de la *Antología*... los crímenes se han repetido en la realidad. Lo... lo publica el *New York Times* de la mañana. Escúchame...

Y con voz torpe e incoherente, Milton Douglas relató el extenso artículo que tanta consternación le había producido. Apenas había concluido, cuando la exclamación de Norman

O'Hara

lo dejó atónito, boquiabierto.

—¡Mejor, hombre, mejor! Si algún perturbado mental ha decidido aprovechar la contingencia para reproducir realmente esos asesinatos... ¡mucho mejor! ¡Más publicidad! ¡Y gratuita! ¡Y completa! Anda, anda, deja de preocuparte. Eso es asunto de la policía, nosotros nada podemos hacer por detener a ese loco asesino ni por devolverles la vida a los muertos. Es... es absurdo que te dejes impresionar de esa forma. En Norteamérica se producen más de cuatro asesinatos por día y nadie se inmuta.

—¡Pero esto es diferente, Norman! Los crímenes se cometieron ayer en la noche con la misma exactitud de los libretos que yo proporcioné para escenificar la *Primera antología del asesinato*. ¡Con la misma exactitud!

Al otro lado del cable telefónico,

O'Hara

soltó un sonoro bufido.

—Está bien, está bien, Milton. Es lo que yo te digo, ¿no lo comprendes? Un monomaniaco, sicópata, esquizofrénico, o cómo diablos se llame, a quien nuestra campaña publicitaria ha obsesionado hasta el extremo de impulsarle a repetir los crímenes con seres humanos... asesinandolos de verdad. Pero sigo creyendo que no es para que te lo tomes así. ¿Por qué no te vas a casa y descansas unas horas? Me imagino que la agencia podrá prescindir de ti... ¿O eres imprescindible?

—¡Norman... por Dios! ¿Cómo puedes reaccionar con tanta frialdad e indiferencia...? —interrumpió Milton la angustiada pregunta al ver brillar la lucecita roja del intercomunicador. Le dijo

a

O'Hara,
presuroso, dubitativo—: Perdona, perdona, Norman, te volveré a llamar luego.

Y tras colgar, pulsó la clavija del aparato, inquirendo:

—¿Qué sucede, señorita Machado?

—El señor Curtis Effert pregunta por usted.

—Bien. Hágle pasar.

Y como de costumbre, procurando que su expresión no trasluciera el enorme nerviosismo que lo dominaba, Milton salió de la mesa dispuesto a recibir al... posible cliente.

Abrióse la puerta del fondo por la que asomó la cabeza de Renata Machado, anunciando:

—El señor Effert.

Entró un hombre de estatura regular, achaparrado, que debía contar unos cuarenta y cinco años de edad. Llevaba un traje gris, brillante por el uso, sombrero de igual color con cinta negra y zapatos de ante. Su expresión era hosca, ceñuda, y movedizos los duros ojos pardos cuyas órbitas estaban rodeadas por unas bolsitas pellejudas.

Douglas, sonriente, forzando la sonrisa que otras veces le salía con facilidad al recibir un probable «contrato», tendió la mano a su visitante, saludando:

—Me alegra su visita, señor Effert. ¿Quiere tomar asiento, por favor?

El otro, sin estrechar la mano que le tendía el publicista, dijo con voz áspera:

—No es necesario que me siente, Douglas. Aunque no se lo he dicho a su secretaria para evitar... digámosle equívocos o suspicacias, soy el inspector jefe del distrito doce de la Metropolitan Police, y he venido aquí en acto de servicio.

Milton, sorprendido, arqueando las cejas con real confusión, repitió, interrogante:

—¿En acto de servicio...? No le comprendo, inspector. ¿Puede explicarse con más claridad?

Effert, hundidas ambas manos en el interior de los bolsillos, balanceándose sobre la puntera de sus zapatos de ante, respondió:

—No, no por ahora, señor Douglas. Pero tengo que pedirle me acompañe a las oficinas del distrito doce.

Milton, cuyo nerviosismo experimentado al leer la crónica de sucesos había aumentado considerablemente con la presencia y desconcertante actitud del inspector jefe Effert, mordiéndose el labio inferior, musitó:

—Sí,... sí, claro. En... Enseguida. Discúlpeme un minuto.

Y se fue hacia el interfono, sintonizándolo para decir:

—Señorita Machado... salgo con el señor Effert. Como no sé el tiempo que tardaré en regresar, cualquier asunto urgente que se plantee páseselo al señor Henriksen.

—Bien, señor Douglas. Como usted diga.

Poco después Milton abandonaba el edificio de la agencia en compañía del inspector, para introducirse en el coche negro, sin ningún distintivo policíaco, que aguardaba a pocas yardas de la puerta de aquélla.

La carrera que el vehículo efectuó con notable velocidad, vino a durar unos quince minutos. El distrito y precinto número 12 ocupaban una misma construcción en la confluencia de Houston Street y First Avenue, Manhattan, cerca del sector East River.

Milton Douglas, sumido en la confusión que reinaba dentro de su cerebro, puede decirse que no se percató con exactitud de nada de lo que estaba sucediendo. Cuando empezó a reaccionar, si así puede llamársele, pudo constatar que se hallaba en el interior de una espaciosa oficina que, junto a la enorme mesa de madera tras la que se sentaba el inspector jefe había otra, pequeña, con el justo espacio para contener una máquina de escribir, frente a la que permanecía un tipo muy alto y delgado, con expresión indiferente. Al fondo veíanse una sucesión de armarios-fichero metálicos, y otros muebles más de los que solían ser comunes a todos los despachos.

Curtis Effert, luego de permanecer en silencio unos instantes escrutando el varonil rostro del publicista (omitimos lo de «agraciado» por suponer que el inspector jefe no encontraba «gracias» en los rostros masculinos), tras un sonoro carraspeo, anunció:

—Estoy impuesto, señor Douglas, del revuelo con matices de gran acontecimiento que ha levantado de una punta a otra de la ciudad, casi de la nación, su sensacional campaña publicitaria inaugurada ayer noche con el título de *Primera antología del*

asesinato. Pero... —volvió a carraspear—, no sé si usted está enterado de que los crímenes que ficticiamente se reprodujeron ayer noche en el

O'Hara

Teatre, se reprodujeron al mismo tiempo en la realidad. Cuatro crímenes, señor Douglas. ¿Lo sabía?

Milton, inquieto, removiéndose en la silla, cabeceó:

—Sí... lo sé... Acabo de leerlo en la columna de sucesos del *New York Times*. ¡Es horrible! No he podido controlar mis nervios...

—Disculpe que le interrumpa —cortó el inspector jefe. Agregando—: Pero sucede, señor Douglas, que... *existe un testigo en cada caso que vio salir al asesino del escenario de sus crímenes*. —Y diciendo esta frase, que matizaba intencionadamente, los ojos de Effert se desviaron hacia la izquierda con fugacidad, justo en el punto de la pared donde, a través de una mirilla casi invisible, algunas personas estaban mirando al interior del despacho. Luego, con el mismo matiz, añadió—: Y esos testigos, señor Douglas, han identificado al asesino por medio de unas fotografías publicadas en el mismo *New York Times*... le han identificado a usted.

Milton Douglas dio un salto adelante. Crispados sus músculos faciales y rodando sus pupilas casi por fuera de las órbitas, exclamó:

—¡Eso es imposible! ¿Yo... yo un asesino?

—Cálmese, Douglas, tranquilícese. —El inspector, poniéndose en pie, lo empujó hacia el fondo de la silla. Inquiriendo—: ¿Puede decirme dónde estuvo y lo que hizo ayer por la noche, entre las once y las dos de la madrugada?

Milton experimentó la misma sensación que si un enorme mazo hubiera impactado contra su cabeza.

¿Dónde había estado y qué había hecho entre once de la noche y dos de la madrugada?

Y ahora no podía mentir como hiciera con

O'Hara

al responderle a una pregunta similar, allá, en el vestíbulo del teatro.

—Pues... —articuló, dejando escapar un profundo suspiro—, verá inspector, me sentía muy nervioso a consecuencia de la febril labor desarrollada en los últimos días y... y antes de empezar la representación decidí salir a tomar el aire. Inconsciente, paseé y

paseé, sin que recuerde tan siquiera las calles, hasta darme cuenta de que habían transcurrido casi tres horas. Fue entonces cuando emprendí el regreso, llegando al teatro sobre las dos menos cinco, y a falta de pocos minutos para que terminase el espectáculo.

Los duros y movedizos ojos pardos del inspector jefe del distrito 12 oscurecieron más de lo habitual. Con un rictus en el que se barajaban la sorpresa y el escepticismo, preguntó, como si en realidad se efectuara la pregunta a sí mismo:

—¿Quiere eso decir, que un publicista que ha luchado lo indecible por realizar una campaña extraordinaria, blanco del interés y atención de casi doce millones de personas, de periódicos y demás medios de difusión... renuncia a ver el éxito y plasmación de sus esfuerzos en el momento cumbre y definitivo?

Milton, moviendo la cabeza tristemente, dijo:

—Por extraño que parezca, inspector, así fue. Y lo que le he dicho es la verdad simple y sencilla.

—Como hombre —replicó Effert, haciendo un gesto elocuente—, puedo pensar en que su estado de ánimo, la misma emoción y otros factores, fueran producto de... llamémosle reacción extraña, de su reacción extraña, señor Douglas. Pero como policía debo dudar, y dudo, de que usted haya dicho la verdad.

—¿Me está acusando, inspector, de haber cometido esos crímenes abominables? ¿Me acusa de ser un horrible asesino?

—No... —sonrió oscuramente el otro, moviendo la cabeza con pesadez—, yo no le acuso de nada. Son otras tres personas quienes coinciden en acusarle señor Douglas.

—¡Es imposible! —estalló, apretando los puños con genuina desesperación.

—Bien —se encogió de hombros Effert—. Vamos a comprobarlo de inmediato. —E inclinándose hacia una especie de micrófono con varios pulsadores en su corto píe, que estaba sobre la mesa, ordenó —: Que entren los testigos, de uno en uno, y por orden.

—Ahora mismo, señor inspector —respondieron.

Y no llegó a transcurrir un minuto cuando por la puerta hizo su aparición, escoltada por dos policías de uniforme, una mujer de mediana edad, encogida, asustada, que miró con expresión de horror al joven publicista que había vuelto la cabeza hacia ella.

—Señora Andrews —le habló con voz pausada el inspector jefe

—, le ruego que medite y se asegure de la respuesta que va a darme. ¿Es éste —señaló a Milton— el hombre que ayer por la noche, en la S. 4th Street, cuando usted había salido en busca de la anciana Donovan alarmada por su tardanza, le dijo que se encontraba en un pasaje adyacente?

La mujer, temblando de pies a cabeza, afirmó:

—Sí, sí señor, es él. Es él. Aunque ayer llevase sombrero y gabán oscuro, pude verlo lo suficiente como... Como para reconocerlo sin dudas.

—¡Es mentira! ¡Esa mujer está mintiendo! —Milton había saltado, tirando la silla al suelo, con la expresión de un auténtico perturbado, haciendo intento de irse hacia ella.

Los «cops» lo redujeron enseguida a la impotencia.

Y fue ahora un hombre que vestía hábito de pastor protestante quien entró en el despacho.

—Padre Carlson —dijo Effert—, ¿reconoce en este hombre al que vio ayer en la noche dentro de la iglesia y que le despertó al derribar una palmatoria, que lo empujó a usted después, que huyó velozmente... habiendo dejado en la biblioteca y el campanario respectivamente el cadáver de dos muchachas?

El pastor, inclinada la cabeza, la alzó, para mirar con infinita serenidad la faz desencajada del medio enloquecido individuo que sujetaban dos policías. Y, dando muestras de tener consciencia de sus actos y de cómo debían pronunciarse las respuestas que efectuaba la policía, con capciosa intención muchas veces, repuso:

—Siento recordarle, inspector, que yo no he dicho en ningún momento que ese hombre hubiera dejado los cadáveres que descubrí posteriormente... *ya que no le vi hacerlo*. Ahora bien, sí es el que se tropezó conmigo, empujándome, cuando yo salía a interesarme por el ruido escuchado pocos segundos antes.

Curtis Effert, un tanto contrariado, dijo:

—Gracias, padre... gracias. Puede retirarse.

En tanto que Milton Douglas, bien atenazado por los agentes de uniforme, bramaba:

—¡No, no es cierto... no lo es! ¡Nunca, nunca he visto a ese cura! ¡Nunca lo he visto!

Entró, en medio de la patética desesperación del publicista, el tercer testigo. Un individuo todo él vulgar, a quien el inspector jefe

efectuó la pregunta de rigor:

—¿El hombre que está viendo ahora, señor Connery, es el mismo que vio ayer por la noche en el rellano al que desembocan su piso y el de la occisa Alma Krew cuando, alarmado por un grito de terror, salió a interesarse en lo que sucedía?

James Connery, tras mirar con un rictus de repulsión el crispado rostro de Douglas, moviendo la cabeza afirmativamente, dijo:

—Sí, inspector. Sin duda alguna y pese a que no había demasiada luz, éste es el hombre que vi ayer noche con gabán y sombrero, saliendo del apartamento de la pobre Alma Krew.

—¡Maldito...! —rugió Douglas al borde del paroxismo—. ¡Maldito embustero! ¡Mienteee!

Se retiró el último testigo al tiempo que Curtis Effert ordenaba a los agentes:

—Encerradlo en un calabozo. ¡Ah...! Y que vaya enseguida el médico a administrarle algún calmante.

Gritando, profiriendo insultos y amenazas, Milton Douglas fue sacado materialmente a rastras, casi de bruces en tierra, por la pareja de policías, del despacho del inspector del distrito 12.

Curtis Effert, por medio del micrófono, anunció:

—Dígale al fiscal que se presente en mi oficina lo antes posible.

Douglas, que de una excitación grande pasaba a otra mayor, fue cosido a inyecciones. Luego empezaron aquellos largos y duros interrogatorios, en cuyo transcurso, el publicista, medio adormilado por la excesiva dosis de sedantes que le administraran, negó una y otra vez, negó hasta quedarse sin voz, su intervención en los cuatro crímenes de que se le acusaba.

Amén de los tres testigos que le habían identificado, se requirió la presencia de otros muchos. Entre ellos, Paul Xebec, Renata Machado, John Aaron, Víctor Coe y Jenny Henriksen. Todos aseguraron haber visto a Douglas en el teatro al principio y término de la representación, pero no en los entreactos. También fue invitado a prestar su testimonio el tejano-irlandés propietario de la futura fábrica de electrodomésticos patrocinadora de la campaña publicitaria, denominada *Primera antología del asesinato*. Norman O'Hara,

respondiendo a las preguntas que le efectuaban, afirmó haberle oído

decir a Douglas que, durante la representación, debido a los nervios, había estado paseando por el pasillo y vestíbulo del teatro. Y ello fue un serio agravante a la difícil situación del publicista, puesto que contradecía la respuesta dada al inspector jefe Effert cuando le efectuara una similar pregunta.

Todos los testigos, sin embargo, a excepción de los tres que podían llamarse presenciales, insistieron en abogar por la inocencia de Milton Douglas, coincidiendo en que debía existir, forzosamente, un terrible equívoco. Jenny Henriksen y Norman

O'Hara,

este último en particular, fueron quienes con mayor tenacidad proclamaron la inocencia de Douglas. El multimillonario, que ignoraba el daño que iba a causarle con su declaración al que tanto deseaba salvar, asentándose en la fortaleza de su posición económica y social, llegó al extremo de amenazar a Curtis Effert con hundirlo para el resto de su vida si Milton era condenado por unos crímenes que no podía ni había cometido.

Se reanudaron los torturantes interrogatorios al acusado quien, de nuevo, agotado, exhausto, negó y siguió negando su culpabilidad. Gregory Hildre, letrado de cierto renombre en Nueva York, asesor jurídico de una de las empresas de Norman

O'Hara,

se encargó por orden personal de este de asumir la defensa de Douglas; Milton, que en algunos momentos daba la sensación de una falta de integridad mental, explicó al abogado exactamente lo mismo que al fiscal y la policía. Hildre, hombre experto y habilidoso, impuso de que las pruebas de que disponía la acusación eran suficientes para obtener una condena máxima y fatal contra su defendido, apeló al reconocimiento siquiátrico.

Milton Douglas, a partir de entonces, fue sometido a una serie de extrañísimas e incomprensibles pruebas, exámenes, y toda la variedad de recursos siquiátricos que se emplean para determinar el buen o mal funcionamiento de un cerebro humano.

Y, aunque las opiniones fueron en parte contradictorias, aunque hubo discernimiento en los criterios, todos los médicos siquiatras, incluidos los del departamento de policía, apuntaron la muy posible existencia de una personalidad esquizofrénica en la mente del publicista, desarrollada y excitada por el esfuerzo agotador

realizado en su famosa campaña, personalidad esta que sin él saberlo en su consciente, le había llevado a perpetrar realmente los crímenes tan obsesivamente grabados en el subconsciente.

El abogado Hildre, apoyándose en los informes obtenidos del examen médico por él solicitado, comunicó a Norman

O'Hara

y Jenny Henriksen la optimista posibilidad de sacar a Douglas absuelto del proceso a costa de ser internado en un instituto psiquiátrico del Gobierno. Era lo máximo que podía, y estaba seguro de conseguir el abogado.

—Lo importante —le dijo a

O'Hara

—, es eludir un veredicto de culpabilidad y la subsiguiente sentencia de muerte. Una vez conseguido eso, ya estudiaremos la forma de sacarlo del manicomio.

—¡Manicomio! —exclamó el multimillonario con auténtica desesperación—. Así... ¿Crees que está loco?

—Yo no soy médico, señor

O'Hara.

Sólo abogado. La misión que se me ha asignado es la de evitar que Milton Douglas sea condenado a muerte, ¿no? Pues pienso cumplirla apelando a los medios que sean necesarios.

Y entretanto el publicista, derrotado, vencido, sin importarle ya lo que pudieran hacer con él, se pasaba los días tirado encima del camastro de un calabozo sin apenas probar la comida que le era servida.

Y así, hasta el día en que fue abierta la puerta de su celda y le anunció el guardián:

—Douglas... levántate, levántate, hombre. ¡Nada menos que el *commissioner* es quien quiere hablar contigo! Anda, muévete. Éstos... —señaló a dos policías armados y uniformados—, van a conducirte a su despacho.

Con expresión ajena, apática, desangelada, Milton se incorporó lentamente del camastro.

INTERMEDIO

El plazo

CAPÍTULO VII

Apenas hubo dado tres pasos hacia el interior del lujoso despacho cuando, con voz fatigada y expresión de hastío, soltó:

—Señor *commissioner*, señor quien sea, señor como quiera que se llame... ¡Lo he dicho y repetido ya un millón de veces! ¿Quiere que lo haga la un millón uno? Bien... Soy inocente. Total y absolutamente inocente. No he cometido ninguno de esos crímenes de que se me acusa. ¿Qué más quiere que le diga, señor *commissioner*?

En otro lugar y circunstancias, las palabras que acababan de brotar en labios de Milton Douglas hubieran podido ser tomadas como una ironía, burla o un escepticismo.

Pero el *commissioner* del departamento de la Metropolitan Police de Nueva York, George Graham, sabía, y supo, que no podían tomarse así. Graham era un hombre de sólida envergadura, alto, de una edad que podía calcularse entre los cuarenta y ocho y cincuenta y dos años, elegante, sobrio, circunspecto, y de apariencia en general agradable. Su cabello era castaño, igual que los ojos, el rostro curtido, y se desprendía de su expresión un sentido exacto de la rectitud y la ecuanimidad.

Mirando al muchacho que se acusaba de cuatro horrendos crímenes con rictus entre curioso y conmisericordioso, le dijo con voz grave:

—No, Douglas, no lo he mandado llamar para que diga por un millón una vez que es usted inocente de los asesinatos que se le imputan. ¿Quiere sentarse, por favor?

Milton, en desorden el cabello, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, avanzó hasta dejarse caer, hundirse es más exacto, en la silla que le señalaba su interlocutor.

—Aunque no le mire, lo estoy escuchando, señor *commissioner*

—musitó, inclinando la cabeza, de forma que la barbilla casi le rozaba el tórax.

—Mi nombre es George Graham. Le ruego que deje de llamarme por el cargo.

Douglas, no quiero que me mire ni escuche, quiero, simplemente, que lea.

Milton, por instinto, alzó la cabeza como si le hubiera picado una serpiente.

—¿Que... que lea? —repitió.

—Eso he dicho. —La cabeza del *commissioner* movióse afirmativamente al tiempo que, de un voluminoso *dossier* que tenía a su izquierda encima de la mesa, sacaba un par de hojas tamaño holandés. Y tendiéndolas a Milton, agregó—: Quiero que lea lo que de mi puño y letra acabo de escribir en estas hojas para incluirlo en el *dossier de su expediente*.

El publicista, cuya apariencia física difería... mejor contrastaba notablemente con la del elegante y jovial director ejecutivo que hasta poco antes había sido de la

Henriksen & C.^o

Publicity Agency, tomando con dedos temblorosos las dos hojas que le tendían, procedió a leerlas con rapidez.

—¡Pero... —exclamó, atónito, agitando en el aire los papeles que ya había leído—, pero qué clase de burla es ésta! ¿Es que quiere acabar de volverme loco, señor Graham? ¿Eso quiere, volverme loco?

El circunspecto y comedido *commissioner* del Departamento de la Metropolitan Police de Nueva York, haciendo oídos sordos a las frases del publicista, anunció:

—Douglas... hay es el día veinte de mayo del año mil novecientos sesenta, ¿no? Pues bien, le concedo un plazo de cuarenta días, o sea hasta el treinta de junio próximo, para que usted mismo encuentre... al asesino.

Milton, confuso, atónito, estupefacto, movió la cabeza de ahora enmarañados cabellos negros, a izquierda y derecha, susurrando:

—Usted bromea... Bromea, señor Graham... Bromea...

—No acostumbro a bromear cuando de cuestiones y asuntos profesionales se trata, Douglas —le cortó el *commissioner* entre afable y severo. Añadiendo—: Esto no es ninguna broma. En cuanto

salga de este despacho será usted puesto en libertad...

—¿Y si los médicos tuvieran razón...? —le interrumpió el acusado, con expresión absurda, sonriendo de forma extraña, mirándole con una fijeza que amén de impresionante hacía estremecer. Y volvió a preguntar—: ¿Y si yo fuese esa persona esquizofrénica que comete crímenes monstruosos sin saberlo? Sí... si todo eso resultara ser verdad, ¿sabe usted lo que se jugaría con lo que dice que no es una broma?

—Douglas, supongo que ha leído bien esas hojas, ¿no? Están redactadas como si usted y yo hubiéramos ya mantenido esta conversación. Y además, acepto totalmente las responsabilidades que puedan derivar de mi decisión. Por tanto, es inútil que prolonguemos más este coloquio. Sería perder tiempo, no salir de lo mismo, redundar...

—Señor Graham... —le atajó el publicista, sin borrar de sus labios sensuales aquella sonrisa de ribetes absurdos, aquel atisbo de inquietante sonrisa—, ¿puedo yo escribir unas páginas para luego incluirlas en mi expediente?

—No es un hecho que suela prodigarse con frecuencia, Douglas. Pero... todo es tan poco frecuente en su caso, que no vendrá de una excentricidad más. Aquí tiene... —Y empujó hacia el muchacho unas hojas en blanco y su propia estilográfica.

Milton, de inmediato, se puso a escribir. Y su redactado fue bastante extenso. Pero George Graham, al leerlo, obtuvo la impresión de que el cerebro del publicista estaba totalmente coherente.

Cosiendo las hojas con una grapilla las puso dentro del *dossier*, y dijo:

—La conversación ha terminado, Douglas. Crea que mis palabras son sinceras al decirle... que le deseo buena suerte.

Le ofreció su mano derecha.

En aquel instante, George Graham, observador y sicólogo por naturaleza, se dio perfecta cuenta de que una brusca metamorfosis acababa de producirse en la apariencia exterior e interior del muchacho. Un cambio radical, drástico. Y el *commissioner* estaba en lo cierto al pensar así. Incluso podía añadirse que el Milton Douglas que estrechaba la diestra de su interlocutor, no era ni por asomo el director ejecutivo de

Henriksen & C.^o

Publicity Agency ni el hombre abatido, desangelado, al que nada ni nadie importaban.

Milton Douglas era, ahora, un hombre enfrentado a un difícilísimo problema, un hombre que tenía que probar que ni estaba loco ni había cometido cuatro crímenes... un hombre dispuesto a luchar con fe y decisión, sin regatear esfuerzo, hasta el último segundo del plazo que acababa de concedérsele.

—Gracias, señor Graham. Gracias...

TERCERA PARTE

La frágil condición humana

CAPÍTULO VIII

El sol, el aire, los árboles, la gente... cualquier símbolo de libertad cobraba un especialísimo valor cuando se había pasado por lo que Milton Douglas.

Libertad.

Y la suya de ahora podía ser tan exigua. Tan corta. Tan condicionada a lo que sucediera en el plazo de cuarenta días.

El coche de la Metropolitan Police, sin distintivo alguno que lo evidenciara como tal, le había dejado a la puerta del 946 de Lenox Avenue, al norte de Manhattan. Un edificio que se perdía en el cielo, de línea estilizada, moderna, atrevida, cuyo apartamento 25 de la planta 18 estaba rentado desde hacía poco tiempo por el director ejecutivo de la Henriksen & C.^o

Publicity of Agency.

Milton agradeció su buena suerte al encontrar el vestíbulo desierto y no tener que saludar ni ofrecer explicaciones a nadie. Quien lo viera y reconociera, lo primero que pensaría era que se había fugado del calabozo.

Hizo girar el llavín, empujó la puerta, avanzó por el pasillo, se dirigió al *living*, y de éste al mueble-bar. Necesitaba beber... beber uno, dos, tres o cuatro *whiskies*. Y fumar cigarrillo tras cigarrillo. El licor y el tabaco servían en ocasiones como estimulantes mentales.

—Celebro verle de nuevo, Milton —musitó a su espalda una vocecilla cálida y simpática.

Douglas, apretando con fuerza el vaso largo y estrecho que sostenía entre los dedos de su mano derecha, giró en redondo, en seco, con un rictus agresivo dibujado en la curva de sus labios sensuales.

Que pronto se transformó en rictus de absoluta sorpresa.

—¡Usted...! —exclamó—. ¡Usted aquí! ¿Cómo ha entrado? Estoy

seguro de haber dejado la puerta bien cerrada.

Ella, la graciosa mujercita de cortos cabellos color oro y cándidos ojos azul cielo sonrió, haciendo una mueca que sentaba maravillosamente a las perfectas y suaves facciones de su rostro ovalado.

—Yo, Milton, estaba aquí antes de que usted llegase. Es el inconveniente de que hayan hombres... —Amplió la sonrisa con visos de coquetería—, al cuidado de las porterías. Se dejan convencer, ¿sabe? Y le entregan a una la llave de cualquier apartamento.

Milton, empezando a sonreír también, pero un tanto oscuramente, dijo:

—No dudo que sus encantos y atractivos son lo suficiente poderosos como para obtener hasta la llave del infierno...

—¿Tan diabólica parezco a sus ojos?

—He aprendido a desconfiar hasta de mi sombra, Mavis —y giró hacia el mueble-bar para llenar el vaso casi hasta el borde y engullir el líquido de un solo y largo trago. Luego, girando de nuevo, habló —: Puedo pasar por lo de la llave, desde luego. Pero... ¿quién le ha dicho a usted que me encontraría aquí?

Mavis Clarkson, moviéndose, evolucionando mejor, grácilmente, por el *living*, se dejó ir en una pequeña butaca tapizada en rojo. Después, clavando todo el caudal azul de sus ojos en la atlética figura del hombre, repuso:

—Es elemental en todo buen reporter, y me atrevería a decir que cualidad imprescindible, el saber las noticias casi antes de que se produzcan. ¿No lo cree usted así, Milton?

—Yo... —Puso el vaso sobre la repisa de cristal—, no creo ni dejo de creer en nada. Usted ha obtenido la llave, ha sabido que yo vendría, todo ello barajando sus cualidades espléndidas de mujer y reporter, pero ¿por qué está aquí? ¿Qué pretende...? ¿Un artículo sensacionalista para su columna en el *New York Times*?

Mavis Clarkson, sonriendo de nuevo, pero sonriendo divertida como no la viera hacerlo Milton en las dos ocasiones anteriores que habían hablado, musitó, ahuecando su deliciosa boquita:

—Frío... muy frío —y cruzó una pierna sobre otra, displicente, para preguntar de súbito—: ¿Ha leído algo de la Historia Universal, Milton? Imagino que sí, ¿verdad? Pues bien, habrá podido

comprobar que todos los hombres más o menos famosos, en sus momentos difíciles, han tenido al lado una mujer.

Milton avanzó unos pasos. Se detuvo a dos de la butaca donde ella se recostaba, inquiriendo:

—¿Y quién le ha dicho a usted que me encuentro en un momento difícil?

—¡Vaya...! Ahora me entero de que estar acusado de haber cometido cuatro crímenes es la cosa más natural del mundo. Bueno... —Se incorporó ágilmente—, entonces, me alegro de que no hayan dificultades y me marchó.

Se dispuso a caminar hacia el pasillo cuando la diestra de Milton se cerró con cierta violencia en su brazo izquierdo, tirando de ella hacia atrás.

—Espera... —La voz brotó ronca de la garganta de él.

Milton Douglas, un hombre... simplemente un hombre decidido a luchar hasta el último segundo por demostrar su inocencia y salud mental, un hombre que necesitaba beber tres o cuatro *whiskies* y fumar un cigarrillo detrás de otro... necesitaba besar una boca como la de Mavis Clarkson.

Eso hizo, antes de que ella pudiera ensayar el menor intento de defensa.

Mavis, en principio, trató, pugnó desesperadamente por zafarse al férreo abrazo, al vehemente beso. Mavis, al final, convencida de su debilidad e impotencia, pasó los brazos a la espalda de Milton y le devolvió el beso con igual desesperación que había puesto en impedirlo.

Fueron separándose lentamente, como asustados, mirando unos ojos a otros casi con miedo.

—Mavis... perdona, no sé cómo he podido hacerlo.

—Ha sido mía la culpa, Milton... —jadeó ella—, sólo mía. No se debe jugar con un hombre que se encuentra en las circunstancias que tú. Pero... te juro que no me pesa haberlo hecho.

Él, olvidándose por un instante de todo lo grave que giraba a su alrededor, preguntó, ansioso:

—¿Eres sincera?

—Nunca miento, Milton. Y si lo hago, son mentirijillas sin importancia. Pero ahora, no sería capaz de pronunciar ante ti ni una de esas mentirijillas.

—Mavis... pequeña, dime una cosa: ¿Por qué estás aquí?

La maravillosa rubita de ojos cándidos azul cielo, acercándose, puso sus manitas tersas, acariciantes, sobre los hombros de él. Y mirándole con intensidad, respondió:

—Por varias razones, Milton. Porque una vez, no hace mucho tiempo, me pediste que nos viéramos fuera del ambiente profesional. Porque necesitas a alguien a tu lado. Porque deseo fervientemente y por encima de todo, ayudarte.

Fue él quien ahora sujetó los hombros femeninos. Y quien la miró con toda la intensidad de sus negras pupilas. Musitando:

—Entonces... ¿quiere eso decir que tienes confianza en mí? ¿Que tienes la seguridad de que ni inconscientemente he podido cometer esos crímenes?

Las tersas mejillas de Mavis Clarkson enrojecieron como cerezas, tomaron el vivo escarlata de un trocito de terciopelo rojo, al responder:

—No creo que nadie... nadie, pueda tener la seguridad que yo tengo de que eres inocente, de que no fuiste el autor de esas horribles muertes. Milton... ¿nos sentamos? —Y cuando lo hubieron hecho el uno en diagonal al otro, ocupando dos iguales butaquitas, prosiguió la bella reporter—: Me he preocupado, durante estos días, de averiguar por mi cuenta todo lo que me ha sido posible.

—¿Y...?

—Bueno... —sonrió, inclinando como avergonzada su sedosa cabecita rubia—, he tenido que meterme un poco en tu vida privada y profesional. Con la intención de conocer a las personas que por un motivo u otro pudieran tener interés en confabular las circunstancias contra ti de un modo tan horrible. Por ejemplo: Paul Xebec, Oliver Loyn, John Aaron, Víctor Coe... hombres que llevaban años esperando ocupar el cargo que tú, el más joven de edad y el más moderno en la empresa, les arrebataste limpiamente.

—¡No... eso no, Mavis! ¡No puedo creer a ninguno de ellos capaz de una cosa semejante! Pero... menos que a ninguno a Oliver Loyn.

—Precisamente —se disparó ella—, el único que no asistió al O'Hara

Teatre la noche del estreno de la *Primera antología del asesinato*.

—Estaba enfermo...

—O dijo que lo estaba, ¿no crees? ¡Ah...!, me olvidaba de Renata Machado, una mujer consumida por la rabia y el despecho. Incluso el mismo Norman

O'Hara...

—¡No! ¡Eso sí que es imposible! ¿Por qué...?

—Para aumentar al máximo la popularidad de la campaña, ¿no te parece?

—Eso es monstruoso... —Al pensamiento de Milton vino en aquel instante la conversación telefónica que habíase cortado por la presencia del inspector jefe Curtis Effert. Recordó: «¡Mejor, hombre, mejor! Si algún perturbado mental ha decidido aprovechar la contingencia para reproducir realmente esos asesinatos... ¡mucho mejor! ¡Más publicidad! ¡Y gratuita! ¡Y completa!». Sólo concebir aquella idea, le horrorizaba. Dijo en voz tenue—: No, es imposible, Mavis.

O'Hara

es un hombre íntegro, consciente. Y esto tiene que haber sido obra de un loco, de un sádico. Lo que no llego a comprender es que esas tres personas me identificaran, dijese que era yo...

—He hablado con los tres, Milton —le atajó la reporter—. Y los tres, Virginia Andrews, Alex Carlson y James Connery me han parecido sinceros. Gente humilde, sencilla, honrada, que no serían capaces de prestarse ni venderse a semejante monstruosidad. Ése es un punto por esclarecer. Pero hay otros... por ejemplo, Alma Krew, la muchacha asesinada como lo fue Mary Kelly por Jack el Destripador, era... *íntima amiga de Renata Machado*; y además, Renata tenía llave de su apartamento. Por otro lado, Maida Larding y Elizabeth Wynter, en cuyas personas se reprodujo el crimen efectuado por William Henry Theodore Durrant en San Francisco y en una iglesia, resulta que eran empleadas administrativas de la sucursal en Nueva York de... *la empresa Air Transport, propiedad de Norman*

O'Hara

O'Hara.

—¡Tienen que ser coincidencias! —estalló Milton poniéndose en pie, paseando de un extremo a otro de la salita, terminando por servirse otro *whisky*. Luego de beberlo, mirando a Mavis con fijeza, anunció—: Yo, pequeña, he pensado en empezar por otro punto. El

asesinato de esa anciana llamada Laura Donovan, con la que se reprodujo el de la Durand-Deacon.

—Ése es el único que no tiene relación alguna con ninguno de los posibles sospechosos. ¿Qué ves de particular?

Milton, sonrió fríamente. Anunciando:

—Que para perpetrarlo... *el asesino necesitó una bañera*. Y... ¿cómo fue a parar esa bañera al pasaje situado en la S. 4th. Street? ¿Dónde fue adquirida y quién la llevó hasta allí? Una bañera, Mavis, no se puede llevar debajo del brazo como si fuese el almuerzo.

—¡Tienes razón! —exclamó la rubita, poniéndose en pie de un brinco. Y esfumándose su júbilo como por ensalmo, susurró, mirando al fornido publicista—: Pero... ¿cómo...?

—Ahora vas a ver el «cómo» —la cortó Milton bruscamente—. Espera un segundo, voy a cambiarme.

Y regresó al cabo de cinco minutos llevando puesto un «polo» de color ámbar, *whisky*, un pantalón *beige* muy claro con fina rayita gris-blanca y unos deportivos zapatos sin cordones con doble suela.

—Según tú —habló—, existen cuatro presuntos sospechosos: Paul Xebec, Renata Machado, Oliver Loyn y Norman O'Hara.

Sin contar a John Aaron y Víctor Coe, que pueden serlo por los mismos motivos que Xebec y Loyn. Sin embargo, de todos ellos, sólo dos se relacionan, sólo dos, Mavis, con las víctimas. Son:

O'Hara

y Renata. Bien, empezaré por seguir el rastro de esa bañera... de una llave y de una oficina de transportes aéreos.

—Empezaremos...

—No. Tú te reintegrarás a tus ocupaciones. Por la tarde nos volveremos a reunir aquí. Y sólo tomarás parte activa en el asunto de ser ineludiblemente necesario.

—¡Pero, Milton...!

—Es mi última palabra, Mavis. El que no vayas a todas partes conmigo no quiere decir que no colabores y prestes tu ayuda. Bastante has hecho hasta ahora... En adelante soy yo, inocente o culpable, loco o cuerdo, quien debe jugarlo todo a cara y cruz.

Hundió ella los hombros, desalentada, murmurando:

—Está bien, tú ganas. Tu vida es tuya. Tú te salvas o te

condenas. Hasta la tarde pues...

Milton la atrapó de un ágil salto cuando ya caminaba por el pasillo. Y haciéndola girar, la retuvo entre sus brazos, la encerró, estuvo besándola con largueza... y siendo besado con vehemencia.

CAPÍTULO IX

Milton inició su tarea por las traperías y casas de compra-venta de Harlem, sin obtener resultado alguno. El principio no parecía ser prometedor, pero una o cien adversidades no podían, ni debían tampoco resquebrajar el sólido muro que constituía su decisión, su fuerza, su ineludible necesidad de triunfar fuera como fuese.

Era su libertad, su vida, las que estaban en juego.

En un pequeño restaurante ingirió un frugal almuerzo a base de bocadillos, cerveza y café, saliendo con renovadas energías dispuesto a proseguir su tarea.

En Greenwich Village la suerte se la mostró igualmente esquivia.

Y lo mismo estaba sucediendo en el Chinatown cuando ya eran las siete de la noche y apenas le quedaban un par o tres de tiendas por visitar. En una de éstas, que se ubicaba al final de una estrecha y angosta callejuela por la que se desembocaba a Centre Street, salida oeste del Chinatown, fue atendido por un individuo que parecía una bola de grasa con patas, ojos y bigote.

—Buenas noches, buenas noches, caballero. ¿En qué puedo servirle?

Milton, mirando al repulsivo fulano todo adiposidad y manteca, con un rictus de repugnancia, forzó una apagada sonrisa antes de preguntar:

—¿No tendría por casualidad una bañera usada que aún estuviera aprovechable?

El obeso propietario del local de compra-venta, pasándose los morcilludos dedos de la diestra por su calva redonda, brillante y grasienta, negó con un elocuente movimiento.

—No, no, señor. Y créame que lo siento. Precisamente vendí una que tenía, no hace muchos días.

Milton hubo de contener el rugido que desde su garganta había subido a los labios, lo mismo que sus deseos de brincar de alegría.

Dominándose pues, murmuró:

—Vaya... eso sí que es mala suerte, ¿eh?

—Sí... sí...

—Y, dígame, ¿recuerda a quién se la vendió?

El barril de manteca ensayó un encogimiento.

—No sé... ¡Viene tanta gente por aquí!

—Entiendo. Pero una bañera no se vende todos los días, ¿verdad? Por lo tanto, me parece que no le será difícil recordar el comprador, siendo la venta reciente.

—¡Oiga, amigo...! ¿Qué quiere usted? Le he dicho que no tengo la bañera que me pide... ¿entonces?

Milton, chispeantes sus negros ojos, cuadradas duramente las mandíbulas dijo, dando la sensación de que masticaba cada palabra:

—Quiero saber, amigo, cómo era la persona que compró esa bañera. Y le aconsejo que procure hacer memoria, que procure acordarse... ¡y pronto!

El otro tuvo un ridículo arranque de dignidad y hombría. Quiso estirarse, con lo cual, apenas si rebasó en tres pulgadas la cintura del gigantón de negros cabellos ondulados.

—¡Ahora verá...! ¿Quién se ha creído que es usted para venirme a mí con amenazas? ¡Ja! ¡Con amenazas a mí!

Douglas perdió la paciencia. Y la perdió proyectando el brazo derecho hacia abajo con el puño cerrado, estrellándolo en mitad del porcino rostro. Salió el tipo trompicado, dando volteretas y más volteretas, rodando al final, cómicamente, por encima de un montón de trapos y papeles. Milton se fue tras él, alzándolo por el cuello de la camisa, para espetarle una, vez tuvo su cara cerca de la de él:

—Lagartija asquerosa... si no quieres que te chafe esa jeta de cerdo y te raje la barriga para ver de qué color tienes las tripas, dime antes de treinta segundos quién te compró esa bañera.

—¡Sí... sí...! ¡Pero suélteme!

Milton lo empujó de nuevo contra la montaña de trapos y papeles. El fulano, después de limpiarse la saliva sanguinolenta que manaba de las comisuras de sus repulsivos labios con el revés de la zurda, balbució:

—Fue... Fue una mujer.

—Descríbela.

—No... No puedo hacerlo, no la recuerdo apenas, soy muy mal fisionomista. ¡Se lo juro por mi madre! ¡No sabría decirle si era rubia, morena...! ¡Le juro que no! —Y pasándose la lengua hasta casi la barbilla mientras se retorció los dedos de las manos, exclamó, de repente—: ¡Pero puedo decirle otra cosa!

—¿Cuál...?

—Ella, la mujer que me compró esa bañera, preguntó si yo conocía... si había por aquí alguna agencia de transportes, para encargarse que vinieran a llevársela cuando ella dijera y adonde indicara. Yo... Yo le di las señas de Jack Lester, ¿sabe?

—No. No sé. Sigue.

—Pues... Pues Jack tiene dos viejas furgonetas y se dedica a hacer transportes por su cuenta. El anota el nombre de sus clientes, las señas... Está más organizado que yo, ¿entiende? Debieron ponerse de acuerdo, porque dos días después, al atardecer, vino una de las camionetas de Jack a por la bañera.

—¿Dónde tiene su «agencia» el tal Jack? —inquirió Milton con cierta ironía.

—En... En el veintitrés de Centre Street casi en la esquina con esta calle.

—Bien, cerdo. Procura no haberte equivocado, porque de ser así, volveré. Y si vuelvo, te voy a triturar... ¿Entiendes sabandija asquerosa?

—¡Sí... sí, señor! ¡Pero le he dicho la verdad!

Milton ya no le oía, porque estaba caminando con largas zancadas rumbo al 23 de Centre Street.

Y lo que había en el 23 ni era agencia de transportes ni era nada. Bueno, era una marranada en do mayor sostenido, una auténtica y genuina guarrería. ¡Una pocilga, vamos!

—Busco a Jack Lester.

—Yo soy. ¿Qué pasa?

Lester tenía pinta de golfo, de chulo de los barrios bajos, con el pulgar de ambas manos metido entre pantalón y camisa, una gorra mugrienta y ladeada, un pitillo apagado entre los gruesos y cortados labios. Lo que se dice un cromo.

—Tengo entendido. —Milton lo midió de pies a cabeza—. Jack, que hace pocos días llevaste una bañera de casa del trapero de ahí detrás por encargo de una mujer. El trapero dice que

comercialmente, estás muy bien organizado. Quiero saber dónde llevaste la bañera y cómo se llama esa mujer.

Lester, con fanfarrona altanería, hinchó el esquelético torso. Y escupiendo a un lado la apagada colilla, dijo:

—Yo me dedico a los transportes, gran tipo. No vendo informes ni tengo por qué hacerlo. Y no me salgas con que eres de la «bofia» porque me sudan los sobacos de tanto «cascar» «polis» tozudos.

Milton Douglas se convenció una vez más de que por aquellas latitudes, quienes como él venían prácticamente de otro mundo, encontraban de todo menos facilidades. Y él, poco habituado a desenvolverse en aquellos ambientes, veía un tanto cortada su iniciativa a la hora de actuar.

Pero allí, en aquel tipo escuálido con pinta de golfo y apariencia de enfermo de los pulmones, radicaba una valiosísima pista que no podía dejar perder así como así. Había que jugárselas a cara y cruz.

—Jack —soltó, silbando cada letra por entre los dientes—, ni soy de la «bofia» ni te van a sudar los sobacos teniendo que «cascarme».

—¡Ah...! ¿No?

—No... porque si no me dices lo que quiero saber, te voy a sacudir tal cantidad de «leña» que llegarás a pensar que tu madre cometió un grave error al traerte al mundo.

—¿Mi madre...? ¡Nadie nombra a mi madre ni para bien ni para mal!

Y como por arte de birlibirloque, una navaja de oxidado muelle apareció en la zurda de Lester. Sin pensarlo se abalanzó sobre el muchacho de indumentaria deportiva, trazando un fulminante zigzag con la aguda hoja de acero.

Milton hubo de andar presto, centelleante, vivísimo de reflejos, para eludir la mortal cuchillada. Sus habilidades judokas siempre las había efectuado en plan de noble competición, nunca para defender su vida. Siempre había una primera vez.

Tras el hábil escorzo, atrapó la muñeca armada aplicándole una brusca y dolorosa torsión.

—¡Aaag! ¡Hijo de perra!

La navaja tintineó en tierra.

Milton, sin dudarle, le asestó un tremendo rodillazo en la barbilla, al tiempo que soltaba la presa, proyectándolo hacia atrás

violentamente. Lester, rebotando en la pared, se irguió lo mismo que una serpiente venenosa, disparando la puntera, del zapato izquierdo en busca del bajo vientre de Douglas. En menos de un palmo, escorzó el muchacho la bestial patada, inclinándose, cazando el tobillo a la vez que giraba sobre sí para iniciar un lacerante «torniquete». Jack, perdiendo el equilibrio, se fue de bruces a tierra, farfullando obscenidades, bramando angustiosamente a medida que Milton iba imprimiendo nuevos giros a su pierna.

Aullando al fin:

—¡Bastaaaaa! ¡Te lo diré!

Milton lo soltó.

—Muévete, Lester. O te levantaré yo a patada limpia.

Con bastantes dificultades, el dueño de la «agencia» de transportes, que había perdido en la pelea su dignidad «matoneril» y su mugrienta gorra, se levantó, apoyando las manos en la pared y mirando a su antagonista de soslayo.

Caminaba hacia un pequeño y carcomido mostrador, situado en un vértice del sucio vestíbulo, en el supuesto de que aquello fuera un vestíbulo, cuando le advirtió Douglas:

—Mucho cuidado con lo que sacas, Jack. De la próxima, no saldrás bien librado.

Gruñó el tipo un taco en voz baja y se cuidó muy bien de sacar solamente una libreta de hojas sucias, ennegrecidas, con cubierta de hule negro. Luego de buscar en varias páginas, sin mirar a Douglas, dijo:

—Llevé la bañera a un pasaje sin salida que hay a la entrada de Brooklyn, East River, en la S. 4th Street. Ella se llama... Sí, aquí lo tengo, Renata Machado.

Milton Douglas dio un paso atrás como si acabaran de propinarle un terrible mazazo en mitad del pecho. ¡Le, seguía pareciendo imposible! Y sin embargo, aquel desgraciado de la vida no se estaba inventando el nombre. Renata Machado. De súbito, vinieron a su memoria aquellas palabras pronunciadas por Oliver Loyn al día siguiente de ocupar él su nuevo cargo: «Las mujeres, Milton, a la hora de ser malas y exteriorizar sus bajas pasiones, créelo, son mucho peor que nosotros». Y también, como si su cerebro se hubiese convertido en un amplificador de sonido,

recordó la frase y entonación que ella, Renata, había pronunciado en el vestíbulo del

O'Hara

Teatre, al término de la representación: «Le felicito por su éxito, señor Douglas. Y... deseo que tenga otros más sonados». Sí... Otros más sonados.

Jack Lester, única y exclusivamente por cobardía, ya que los tipos como él eran en el fondo cobardes por naturaleza, no sé decidió a aprovechar aquellos momentos de abstracción, de ausencia, que denotaba el otro.

Milton, consiguiendo zafarse al fin a su hierática inmovilidad, abandonó el lugar, corriendo atropelladamente en busca de un taxi.

Renata Machado... ¡Pero...! ¿Cómo había cometido el garrafal error de darle a Lester su verdadero nombre? Por instinto sin duda, por exceso de confianza también. Segura de que a él no se le ocurriría jamás, si le dejaban tiempo para ello, seguir aquella pista en apariencia inverosímil.

Consultó el reloj.

Sí, ella ya estaría en casa.

Pero de lo que no se acordó Milton es que había quedado con Mavis para verse, al atardecer, en su apartamento.

Por fin, dio con un taxi libre.

Ya en el interior, dijo:

—Al 815 de Jackson Avenue, en el Queens.

—O. K.

Aquellas señas le habían sido insinuadas a Milton más de una vez.

CAPÍTULO X

815 de Jackson Avenue, en el Queens. O. K.

Milton conectó el dedo índice sobre el zumbador, oprimiéndolo despiadadamente.

Hasta sus oídos, amortiguado por el espesor de la hoja, llegó el siseo de unos pies arrastrándose sobre el suelo. Quien iba a abrir debió vacilar unos instantes, pero se decidió a hacerlo finalmente.

La puerta fue abierta hacia dentro.

—¿Quién...?

Sólo: ¿Quién?

Renata Machado, sin duda, acababa de llevarse una de las sorpresas más grandes, enormes, y por su expresión, desagradables, que recibiera en toda su vida.

—¿No me invitas a entrar, muñeca?

Ni a recuperar el don del habla acertaba.

—Te ves muy bien, muy bien...

Correcta y acertada observación. Se veía muy bien, todo muy bien. Porque la estilizada figura de Renata, sus esculturales contornos, se cubrían, es un decir, con un «transparenté» (el autor le da al editor y al lector, valgan las cacofonías, esa traducción al español de los vocablos —franceses—, *negligeé* y *deshabillé*, porque al fin y a la postre vienen a significar lo mismo)... de color frambuesa, que le llegaba con penas y trabajos hasta las rodillas. Coyuntura aprovechable para decir que las tenía maravillosas. Sus cabellos morenos, cobrizos, sueltos como siempre y en absoluto desorden. Los exóticos ojos ámbar, muy abiertos, desorbitados, hipnóticamente fijos en el rostro irónico... ominoso e irónico mejor dicho, del director ejecutivo de la

Henriksen & C.^o

Publicity of Agency.

De súbito, como si en un segundo hubiese recobrado todas sus

energías, gritó:

—¡Te has fugado de la cárcel!

Milton Douglas limitóse a reír con sequedad.

—¿Me crees capaz de algo tan horrible, encanto?

Renata trató, creyendo al hombre distraído, de cerrar la puerta con violencia.

Pero Milton, que había esperado una reacción similar, empujó a la inversa pero con mucha más fuerza que ella. Y quien hasta pocos días antes fuera su secretaria, salió disparada hacia el interior, trastabillando, yendo finalmente a resbalar por encima del mosaico.

Douglas, una vez dentro, cerró la puerta con lentitud. Observando con mirada de evidente desprecio la pose provocativa, animal, que nada hacía ella por rectificar.

Qué sutil, embriagador, el perfume que flotaba en el ámbito. Una delicia. Todo en el apartamento de Renata era una pura delicia. Desde aquel vestíbulo en forma de semicírculo, rodeado de vaporosas cortinas blancas, translúcidas, que lo rodeaban convirtiéndolo en algo así como una jaula. ¡Qué estupidez! ¿Por qué no? Una jaula de amor y pasión quizá... Y las escalerillas, tres, que descendían hasta el *living*, flanqueadas por unas artísticas rejas, decorativas, que imitaban el hierro forjado. Luego, la cuadrada estancia, de ámbito no menos perfumado. Cuadros de precio. Más cortinillas. Muebles de línea avanzada, estilizados, gráciles... como ella, como Renata. Y el amplio ventanal que daba acceso al balcón... La mesa y las dos sillas en el centro de aquél, plantas artificiales, un par de velas, el cubo con la helada botella de champaña... Los prolegómenos de una cena íntima.

—¿Me esperabas, encanto?

No. A él, no.

Sí al individuo que asomó, repentinamente, por una de las puertas que daban al *living*.

—¡Renata! ¿Quién ha llamado? ¡Eh...!

Ya no pronunció una sola sílaba más. Se quedó muy quieto, tieso y erguido, mirando al atlético muchacho de indumentaria ligera y deportiva que estaba en el centro del vestíbulo.

Y Milton también se irguió, se quedó rígido como un pedazo de hierro al ver... al reconocer al otro. *A su amigo Oliver Loyn.*

Sin embargo, al tiempo que Renata Machado se incorporaba,

Douglas salió de su momentánea estupefacción. Por varias razones. Porque si se dejaba sorprender cada tres por cuatro, su vida y libertad podían durar menos de cuarenta días. Porque forzosamente las cosas tenían que suceder así.

La horrible maquinación sólo había podido gestarse en la mente de quienes le odiaban. Aunque algunos, alguno, como Oliver Loyn, hubiese fingido a las mil maravillas.

—¡Vaya, vaya... vaya con el amigo Oliver! Te lo traías muy callado, ¿eh? Y me imagino que no se lo habrás dicho a Sonia, ¿verdad?

Loyn, el de rostro enjuto y ojos castaño claro, extendió una mano hacia delante.

—¡No es lo que tú imaginas, Milton!

—¿De veras? Y... ¿qué supones que estoy imaginando?

—Pues... que Renata y yo...

—¡Se ha fugado de la cárcel! —intervino ella, con un revoloteo de «transparenté» color frambuesa.

—Ya es la segunda vez que lo dices, querida. Casi me gustaría decirte que es verdad, que me he fugado, que la obsesión de saber acerca de una misteriosa... bañera y de la llave de cierto apartamento. —El rostro de Milton se ensombreció inesperadamente al agregar—: Vengo del veintitrés de Centre Street, Chinatown. Jack Lester, de profesión sus «transportes particulares», con una impecable organización administrativa. ¡Hasta anota el nombre de sus clientes!

Renata Machado, pese a ser tórridamente morena, estaba blanca, pálida como la cera. Inmóvil. Con los exóticos ojos ámbar prendidos en el rostro de Milton. Y Oliver, sin moverse también, no se decidía por adoptar una u otra actitud.

Siguió el muchacho:

—Jack Lester, que es un hombre cordial y conversador, me ha informado sin reservas de un servicio que le fue encargado hace pocos días... transportar una bañera al pasaje sin salida que se abre en la S. 4th. Street, por cuenta de una tal Renata Machado. ¡Pero, linda...! ¿Cómo se te ocurrió la estupidez de darle tu verdadero nombre? Y además, un pajarito de plumaje amarillo me ha dicho que tenías íntima amistad con una muchacha llamada Alma Krew, e incluso un duplicado de la llave de su apartamento. Alma Krew fue

asesinada a lo Jack el Destripador... Y en la bañera fue sumergida una anciana llamada Laura Donovan después de que se hubiera diluido una mezcla de ácidos clorhídrico, nítrico y sulfúrico. ¿Qué puedes decirme al respecto, cariño?

Ella, lívida a más no poder, rugió:

—¡Estás loco!

Milton, si no loco, ciego de rabia sí que estaba, pese a su apariencia burlona. De un ágil salto se plantó junto a Renata cruzándole con centelleante rapidez, violentamente, el rostro, con un doble juego de sonoras bofetadas. Giró la mujer lo mismo que una peonza, rodó por las escaleras, se estrelló contra la mesita ratona del *living*.

—¡No vuelvas a tocarla, Milton! —estalló Oliver, saliendo de su inmovilidad.

—¡Oh...! —se burló el otro—. Tu papel de Romeo, más que sublime, es absurdo y ridículo. —Y encarándose de nuevo con ella, le espetó—: ¡Ponte en pie, mala zorra!

—¡No la insultes!

—Tienes razón, Oliver, tienes mucha razón... —musitó el fornido Milton avanzando unos pasos hacia el *living*—, es impropio de un caballero insultar a una dama. ¿Quieres hacerme un favor? Coge ese teléfono... —señalaba el que había sobre una repisa saliente del mueble-bar—, pídele a la operadora que te comunique con el precinto doce.

—¡No... no lo hagas! —aulló la magnífica morena incorporándose de un salto.

—Entonces, Renata, se acabaron las concesiones: Tienes quince segundos para empezar a contarme la verdad... Ya sabes, ¿eh? *Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa*. Rápido, muñeca. El movimiento suele demostrarse andando.

Renata Machado, caídos los brazos, crispados los dedos al borde del «transparenté», jadeando, musitó:

—¡Te juro que no sabía lo que iba a ocurrir! Fue... Fue Paul Xebec quien me pidió que lo hiciera.

—¡Vaya...! —exclamó Milton con peligrosa sorna—. Ya tenemos otro del grupo. ¿Qué te pidió Xebec?

—Me pidió... que si verdaderamente deseaba vengarme de ti hiciera lo que él me diría. Fue cuando me habló de la compra y

traslado de la bañera, y también de la llave de mi amiga Alma.

—Y... ¿por qué no lo hizo él mismo?

—Porque su aspecto físico llama demasiado la atención y...

—¿Cómo sabía Xebec que tú disponías de un duplicado de la llave del apartamento de Alma Krew?

—¡No lo sé, Douglas! ¡Te juro que no lo sé! Se negó a decírmelo.

—Bien... —Milton Douglas avanzó de nuevo, decidido, en dirección al teléfono—, dentro de un momentito se lo explicarás a la policía.

—¡No... Oliver, no le dejes!

—Y... ¿cómo va a impedirlo mi buen amigo el «consejero»?

—¡Así! —rugió Loyn, tirándose en plancha contra Milton.

Y consiguió enroscarle ambas manos al cuello. Fue absurdo que hiciera eso cuando Douglas había esperado que lo golpease en el vientre con la cabeza. Absurdo, porque Milton no tuvo más que dejarse ir hacia atrás, recoger las piernas y flexionar con las rodillas para dispararlas hacia delante, con violencia, volteándolo por encima de él y haciéndole atravesar la entreabierta puerta de donde había salido, como una exhalación.

Penosamente, consiguió reintegrarse a la pelea.

—Nunca hubiera imaginado esto de ti, Oliver —le acusó su compañero, con voz en la que vibraba el desprecio—. Involucrado en mí «asesinato legal», liado con esta cualquiera impúdica que te ha arrastrado a...

—¡He dicho que no la insultaras!

Y al unísono, avanzaron uno al encuentro del otro. Olvidándose de los años de camaradería y amistad. Con expresiones parejas en los rostros. Excitados. «Calientes». Dispuestos a deshacerse del común enemigo apelando al medio que fuese. Oliver, de improviso, trató de conectar un punterazo en el estómago del otro, crispando sus facciones en una mueca de odio, de rabia.

Milton saltó hacia atrás con una elasticidad asombrosa, evitando por milímetros encajar la violenta patada. Y seguidamente, en una finta más que ágil, diabólica, se lanzó adelante en busca del zapato agresor.

No pudo atraparlo, no. Porque de repente, algo duro, durísimo, se estrelló en mitad de su nuca. Dio un traspié. De beodo. De borracho. Y una sombra difusa, borrosa, se cimbrió frente a sus ojos

estrábicos al tiempo que el suelo, fugazmente primero y vertiginosamente después, giraba a su alrededor lo mismo que un monstruoso animal dispuesto a succionarle... Y en el último segundo de consciencia que alumbró su cerebro, pudo escuchar una voz lejana, terriblemente lejana, que reía y hablaba a un tiempo, diciendo:

—¡Bravo, muñeca! ¡Le has dado de lleno!

Y otra voz:

—¿Qué haremos con él, Oliver?

—¿Qué haremos...? Muy sencillo, querida: Matarlo. ¿Por qué no? ¡Matarlo! Matarlo... Matarlo... ¡Matarlo...!

Giraba. Cada letra giraba. Siniestramente. Y él, Milton, hundido en barrena por un túnel grande, espeso... Espeso en su tenebrosa oscuridad, en sus asfixiantes negruras, pensaba que «matarlo» era morir. ¿Morir? Cuando había supuesto...

Y luego, nada.

Nada.

—Vosotros no vais a matar a nadie —dijo, inesperadamente, una voz seca, ominosa. Renata y Oliver giraron al unísono.

—¡Tú! —exclamó ella.

—¡Pero...! —se asombró él—. ¿Cómo has entrado aquí, Xebec?

—Tengo llave, Oliver. Como tú... Como ella la tenía del apartamento de Alma Krew cuando lo usabais para veros.

—¡Renata! —habló con dureza Oliver Loyn, mirando alternativamente a ella y al contrahecho Xebec—. ¿Quieres explicarme lo que significa todo esto? Yo... sospechaba que tenías algo que ver con lo de Milton, pero...

—Todos, a nuestro modo, tenemos que ver con lo de Douglas —le atajó el hombrecillo de grotesca nariz; aguilena e inexpresivos ojos grises—. Pero ninguno de nosotros ha sido lo suficiente inteligente como para estructurar tan maravilloso proyecto... De todas formas, Renata, hablas demasiado, ¿sabes?

Inesperadamente una pavonada automática provista de tubo silenciador apareció en la diestra de Paul Xebec.

—¡Qué...! ¡Paul! ¿Es que te has vuelto loco?

Una risita sardónica escapó por entre los labios gruesos, repulsivos, de húmedas comisuras. Y dijo el sádico jorobado:

—No, no, al contrario. Estoy más cuerdo que nunca. Pero ésta...

—señaló con el cañón a la morena—, habla mucho más de lo que debiera. Por su estupidez puedo verme complicado en un juego de crímenes que no he cometido. Y en cuanto a ti, Oliver, no puedo dejarte vivo después de lo que vas a presenciar. ¿Comprendes? Así... que voy a mataros a los dos.

—... Que voy a mataros a los dos.

¿Dónde estaba? ¿También allí se hablaba de muerte? Parpadeó. Con la confusión terrible, estúpida, que solía experimentarse al regresar del paraíso de la muerte, o de las sombras, o de...

—... Que voy a mataros a los dos.

Hizo un sobrehumano esfuerzo y consiguió incorporarse... incrustándosele en la palma de ambas manos, cuando se apoyó en tierra, diminutos fragmentos de cristal... Fragmentos que debían haber formado parte del recipiente de vidrio que Renata estrellara contra su nuca.

Y en aquel preciso instante escuchó la cuádruple sucesión de golpes sordos, apagados, tupidos.

¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!

Algo frente a sus ojos todavía turbios, se doblegaba. Iba arrugándose hasta caer al suelo.

¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!

Y todas las sensaciones de vacío, confusión, torpeza, lentitud, desaparecieron de su cabeza como por ensalmo. Se encontró, en un segundo, lúcido, coherente, despejado.

Comprendiendo lo que acababa de suceder. Cuatro disparos con silenciador. Dos por cadáver. Y dos cadáveres, Renata Machado, Oliver Loyn. Y un asesino, ¿no? Sí, sí, allí estaba. Contrahecho, horrible, mostrando en su faz un rictus de satisfacción homicida, brillándole de sadismo los grises ojos de habitual inexpresivos.

Él... Paul Xebec. El artífice de la terrible trama criminal.

—¡No te muevas de ahí! —le conminó, avanzando, pasando sin emoción por entre los dos yacentes. Agregando—: No sabes cuánto celebro verte de nuevo, señor director ejecutivo. Así que has logrado fugarte de la cárcel, ¿eh? Y por lo visto, hacer averiguaciones concretas y rápidas también, ¿verdad? Es una pena que tenga que matarte porque estoy seguro, completamente seguro, de que el cerebro que concibió el maravilloso proyecto de hacer

sangrienta realidad la *Primera antología del asesinato, deseaba, desea... que mueras en la cámara de gas.*

Milton, inmóvil como le había ordenado, pero sin demostrar miedo, más bien al contrario, exhibiendo un aplomo y sangre fría admirables, inquirió:

—¿Insinúas que no has sido tú, Xebec?

Hizo un fingido y cruel gesto de pesadumbre.

—Aunque me llene de tristeza el confesarlo... No. Hay que darle al César lo que de él es. Yo me he limitado a servir de intermediario, o a eludir mi colaboración, que es lo mismo, haciendo que Renata ocupara mi lugar. Voy a explicártelo... para que descanses tranquilo y en paz. Sucedió así: La misma noche del día en que te visitó ese fatuo millonario engreído de

O'Hara,

recibí una llamada anónima, una voz ronca, desfigurada seguramente, que me preguntó si deseaba cooperar en el hundimiento de Milton Douglas. Respondí, es obvio, que colaboraría encantadísimo. El desconocido comunicante dijo entonces que uno o dos días después encontraría en el buzón de mi casa el dinero necesario para comprar una bañera antigua... *pero que no efectuara la compra hasta recibir instrucciones al respecto.* Me dijo, además, que me ocupara de obtener la llave del apartamento de una tal Alma Krew, llave cuyo duplicado estaba en poder de mi compañera Renata Machado, quien la empleaba con frecuencia para verse allí con su también compañero y amante Oliver Loyn. La susodicha llave debía dejarse dentro de la bañera cuando ésta fuese depositada donde se me ordenase. ¡Ah...! Pero yo, que por mi desafortunada presencia física destaco demasiado, le dije a Renata que amén de darme la llave, si quería hacerte más daño todavía, se encargase de la bañera... lo que hizo gustosamente cuando yo le transmití las órdenes que a mi vez había recibido del anónimo y misterioso comunicante. ¿Satisfecho, señor director ejecutivo?

Milton, cuyo rostro y expresión habían sufrido un cambio brusco, casi radical, consecuencia de una de las frases pronunciadas por el contrahecho Xebec, preguntó:

—¿Y dices que la primera llamada hablándote de la compra de la bañera la recibiste en la misma noche del día que

O'Hara

se entrevistó conmigo?

—Exacto —dio otro paso más, manteniendo firmemente erguida la pavonada automática—. Y ahora, sintiéndolo en el alma, pues también hubiese preferido para ti la cámara del gas... tendré que poner fin a tu fuga...

—No me he fugado, Xebec.

—¿De veras? —inquirió con mefistofélico arqueamiento de cejas.

—De veras. El propio *commissioner* me ha dado un plazo de cuarenta días para que encuentre... al verdadero asesino.

—Pues a pesar de los progresos que has hecho, lo siento. Voy a matarte, Milton Donadlas.

Y despacio, recreándose en: aquellos segundos de sadismo para él inefables, Paul Xebec... fue curvando el índice de la diestra alrededor del gatillo.

Milton Douglas, el hombre que había salido en libertad condicionada aquella misma mañana, dispuesto a luchar hasta el último segundo por su vida, por la vida, se dijo que no. Que no podía morir ahora. Precisamente ahora cuando, gracias a una frase de Xebec, por inverosímil que le pareciera a medida que lo iba pensando más y más... había descubierto la identidad del asesino.

No.

Ahora no podía morir. Entre otras razones también, porque nadie se había resignado a morir desde que el mundo era mundo, de un balazo. Cuantos le precedieron trataron de evitarlo en el último instante. Y en algunos, no había llegado a culminarse el intento nacido de la desesperación. Murieron. Habían muerto. El... aún estaba vivo. Fue una de las razones. Porque sabiendo que la vida era mala, cruel, adversa, inflexible, traidora también... deseaba vivir. Por encima de todo, vivir.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ahora, señor director ejecutivo!

Sí.

El dedo iba a ejercer la presión definitiva sobre el gatillo.

Y entonces lo hizo.

Entonces saltó.

Hacia delante.

Prodigiosamente.

En tijereta.

Justo cuando sonaba el seco taponazo.

¡Ploc!

Pero el parabólico salto había rendido los frutos apetecidos. Con la puntera del zapato izquierdo alcanzó el cañón de la automática en la fracción de segundo exacta que brillaba el fogonazo, por lo cual, el proyectil perdióse en el aire para impactar sobre el techo, produciendo un notable desconchón. Y el arma, consecuencia de la fuerza con que Milton había disparado los pies, escapó de la mano de Xebec. Masculló el jorobado una obscenidad abominable al tiempo que trataba de abalanzarse ciega, desesperadamente, sobre Douglas. Pero la diferencia de edad, envergadura, preparación física y fuerza moral existente entre ambos, era notoria, palmaria, claramente favorable al muchacho. Quien, al tiempo que se incorporaba, escorzó, fintando luego ante la turbia mirada de aquellos ojos grises, pasando a su izquierda, sacudiéndole con el canto de la zurda en mitad de la nuca.

Y cuando trastabillaba, repitió el castigo, con la diestra ahora.

Golpe terrible, mortal para un tipo como Xebec, si lo aplicaba un tipo como Douglas centuplicando sus fuerzas.

Cayó.

De bruces.

Produciendo un seco y estremecedor golpetazo. Sordo. Sin acompañarle un solo gemido. Como sucedía cuando un ser estaba muerto antes de estamparse en tierra.

Muerte instantánea.

Milton Douglas, jadeando ruidosamente, miró a su alrededor. Inventarió aquel trágico balance que sumaba tres... tres cadáveres. En vida ruines, sometidos a sus bajas pasiones, a sus perversos instintos.

Sacudió sus ropas.

Pensando en que no dejaba de ser curioso, muy curioso, terriblemente curioso, que del único que casi había sido imposible sospechar... era del cerebro de la diabólica telaraña que le fuera tendida a su alrededor.

Aún le quedaban dudas. Y sobre todo, el porqué; el cómo.

Al echar instintivamente una ojeada al reloj, se acordó de la rubita reporter que estaría esperando...

En la calle la llamaría por teléfono explicándole con brevedad lo sucedido, su asombroso descubrimiento, y lo que se disponía a hacer.

Buena chica. Porque cuando llamó, allí estaba ella. Sentada en una de las butacas rojas, esperando, esperando...

Milton Douglas, al salir de la cabina telefónica, estuvo tentado de regresar para comunicarse con George Graham y decirle, a voz en grito, que, si la suerte no le volvía la espalda en el último y decisivo momento, le iban a sobrar treinta y nueve de los cuarenta días de plazo.

CAPÍTULO XI

—¡Buenas noches! Se te saluda.

—¡Eh...! ¡Oh...! ¿Cómo has entrado en la casa, Milton?

—Con esto... —Douglas hizo saltar un llavín alargado en la palma de su mano diestra.

—¡Pero...! ¿Dónde has conseguido esta llave? Y... ¿no estabas detenido?

—Justo. Tú lo has dicho: Estaba. Con respecto a la llave, la he sacado del bolsillo del pantalón de tu marido... mi diabólica asesina *Sonia Brampton de Loyn*.

—¡Milton! ¿Qué te ocurre? ¿Estás borracho? ¿Te has vuelto loco?

Milton Douglas, detenido en el umbral de la arcada que daba acceso a la salita de estar, donde había sorprendido a la mujer contemplando un programa de televisión, miró fija, intensamente, aquel rostro de ojos verde-violeta enmarcado por una mata pelirroja de sedoso cabello. Y tras un silencio, ignorando sus preguntas, interrogó él:

—¿Por qué, Sonia?

—¿Por qué... qué?

—Lo sabes perfectamente y ya es inútil que sigas fingiendo. Paul Xebec ha sido detenido por la policía y ha confesado...

—¡Xebec nada puede decir de mí porque desconoce mi ident...!
—cortó la exclamación, con rictus crispado, al darse cuenta de que todos sus alardes de inteligencia se habían esfumado al deshacerlos un burdo cepo, una trampa vieja, infantil, manida.

—Me sorprende —intervino Milton—, que hayas mordido un anzuelo tan vulgar, Sonia.

La mujer, de exultante belleza, sonrió con evidente desprecio.

—Sí... Tienes mucha razón, Milton —fue su tranquila respuesta—. Pero... ¿por qué no te sientas y hablamos?

El apuesto individuo de cabellos negros y varoniles facciones agraciadas avanzó, sin inmutarse, dejando caer su cuerpo en el interior de una butaca vecina a la que acababa de ocupar ella.

—¿Puedo hacerte dos preguntas, Milton?

—Por supuesto, Sonia. Adelante.

—¿Cómo has logrado salir?

—Un caso raro, ¿sabes? Ni yo mismo lo entiendo. El *commissioner* Graham me ha dado un plazo de cuarenta días para que busque al asesino. Y ya ves... ¡me sobran treinta y nueve!

—¿Cómo has llegado a sospechar de mí? —Sonia Brampton efectuaba las preguntas con absoluta naturalidad, igual que si estuviera comentando esas trivialidades cotidianas a las que se concede muy poca importancia.

—Xebec me ha dado la pista. Te voy a repetir una frase que él ha pronunciado no hace muchos minutos: «La misma noche del día en que te visitó ese fatuo millonario engreído de O'Hara,

recibí una llamada anónima, una voz ronca, desfigurada seguramente, que me preguntó si deseaba cooperar en el *hundimiento de Milton Douglas*. Respondí, es obvio, que colaboraría encantadísimo. El desconocido comunicante, dijo entonces, que uno o dos días después encontraría en el buzón de mi casa el dinero necesario para comprar una bañera antigua...». Ya es suficiente, ¿no crees?

Cruzó, provocativa, sus maravillosas piernas.

—Sigo sin entender cómo has establecido la relación, Milton.

—Muy sencillo, muñeca. La persona que llamó a Paul Xebec diciendo que debería comprar una bañera, lo hizo el mismo día que me visitó

O'Hara...

que me visitaste tú por la tarde. Yo todavía no había mencionado los crímenes que se iban a escenificar y, sin embargo, esa persona estaba al corriente de que se reproduciría el crimen perpetrado en la anciana Durand-Deacon, para el cual, se necesitaba esa bañera. ¿Telepatía? ¿Transmisión de pensamiento? No, no, nada de eso. Simplemente: buena memoria. Yo, hace dos años, tuve un sueño en Hollywood, siempre he soñado en voz alta, del que fue testigo mi compañero de habitación *Oliver Loyn*. Quien más tarde, no existe

duda, lo comentó con su esposa. Sólo él, tú y yo... ¿entiendes?

Suspiró ella profundamente.

—Sí, Milton. Y es la verdad.

—¿Por qué, Sonia?

—Muy sencillo, Milton: ¡porque te odio!

Arqueó él las cejas.

—Has sabido disimularlo muy bien... incluso insinuándote en un par o tres de ocasiones.

—Sí... pero te odio. Profundamente. A muerte.

—Debe haber un motivo, ¿no?

—Lo hay.

—¿Cuál?

—Destrozaste la ilusión, el sueño dorado de mi vida.

Douglas expresó un genuino asombro.

—¡Qué! ¿Yo?

—Sí, tú. Oliver tiene sus líos...

—Tenía, Sonia. Lo he visto morir hace menos de una hora.

Se encogió de hombros la mujer.

—Bien... Oliver tenía sus líos con Renata, pero yo lo toleraba porque me era indiferente. Siempre que disponía de unos dólares, me compraba cualquier regalo para tenerme o creer que me tenía contenta. No hace mucho tiempo me prometió solemnemente, que cuando Joabr muriera o se jubilase me compraría un abrigo de visón. Sí, porque estaba seguro de ocupar el cargo de director ejecutivo. ¡Un abrigo de visón! ¡El sueño dorado de toda mi vida! Pero viniste tú, tú, Milton Douglas, a impedir que yo tuviese el abrigo de visón.

El publicista, desconcertado, estupefacto, miró a la mujer con los ojos desorbitados.

—¿Y por eso...?

—¡Por eso, sí! ¡Por lo más importante de mi vida! ¡Te odié! ¡Te odié a muerte! Y luego... cuando me llamaste a tu despacho, explicándome lo que necesitabas, recordé el sueño de que me hablara Oliver. Sí... *Primera antología del asesinato*. Lo preparé todo cuidadosamente. Y encaminado a que sospecharas de Xebec y Renata, haciéndoles colaborar. Las víctimas fue fácil elegirlas. Alma Krew, la encubridora, de cuyo piso podía obtener factiblemente la llave. Maida y Elizabeth, dos de las empleadas de una empresa de

O'Hara.

¡Todo perfecto! ¡Todo maravilloso! Reproducir los crímenes en realidad y hundirte, hacerte sufrir, padecer... como yo estaba padeciendo por mi sueño perdido. Como comprenderás, de una fotografía tuya ampliada se sacó un molde y luego una mascarilla... el resto era sencillo. Indumentaria masculina, gabán, sombrero y guantes. Salí del

O'Hara

Teatre muy pocos segundos después que tú... ¡pero sigo odiándote! ¡Odiándote!

El rostro de Sonia Brampton se había convertido en una máscara diabólica, en un complejo satánico, cruel, horrible como su mente y sus actos.

Parecía una loca.

Lo era.

Pero cuando menos lo esperaba Milton, su derecha voló al escote, sacando una automática de pequeño calibre.

Y gritó:

—¡Te mataré! ¡Tú mataste mi ilusión...! ¡Te mataré!

Sonaron tres.

Tres disparos consecutivos.

Y Sonia Brampton se dobló trágicamente, contorsionándose con agónico patetismo. La automática, resbalando de entre sus dedos, tintineó encima del mosaico. Luego ella... cayó ella de espaldas, pesadamente.

Y en el último hálito de vida aún musitó:

—... abri... go de... vis... ó... n...

Muerta.

Así era la frágil condición humana. Su debilidad. Muy capaz de convertir al más honrado, por una nimiedad, en el peor y más retorcido de los asesinos.

Porque un abrigo de visón, a cambio de tanta sangre... ¡y para no llegar a tenerlo!

El inspector jefe Curtis Effert, de la división 12 de la Metropolitan Police, sosteniendo aún el humeante revólver, avanzó unos pasos, diciendo a Milton:

—Gracias a la oportuna llamada de la señorita Clarkson hemos podido grabar la conversación en cinta magnetofónica. ¡Felicidades,

Douglas!

Milton corrió hacia ella. Mavis corrió hacia él.

Mavis y Milton se fundieron en un estrecho abrazo, en un largo, apasionado y febril ósculo.

Mientras que Curtis Effert, tose que te toserás.

Pero era hermoso contemplar que no todas las fragilidades humanas seguían iguales caminos.

¡Qué curioso... un abrigo de visión!

¡Qué curioso... vaya beso!

La frágil condición humana.

EPÍLOGO

Del Expediente n.º

276 348

—New York City, Primera Antología del Asesinato.

Cerrado en 30 de junio de 1960, y remitido en esa fecha al Archivo.

«Escribe el *commissioner* del Departamento de la Metropolitan Police de Nueva York, míster George Graham».

Hace unas horas solamente que acabo de firmar en un registro civil, dando fe de mi testimonio al enlace matrimonial entre Mavis Clarkson y Milton Douglas.

Reconozco implícitamente, sí, que es ésta una forma poco común de cerrar, de concluir un expediente policíaco. Pero, me pregunto... ¿no es lógico que un caso poco común se termine de forma poco común? Pero en realidad, esto no es más que final de un principio. Ha terminado el caso de la Primera Antología del Asesinato sin que por ello se haya detenido la vida. La vida sigue. Ofreciendo un porvenir de esperanzas y felicidad a dos seres que lo merecen, que se han hecho acreedores de él.

Estoy completamente seguro de que Milton Douglas no olvidará con facilidad esta horrible experiencia y las enseñanzas, toda experiencia, por mala que sea, ofrece enseñanzas, que de ella se han derivado. Incluso yo he obtenido una... que por sabida tenía olvidada: la frágil condición humana; esas pequeñas miserias que pueden conducir al asesinato, que pueden convertir al hombre o la mujer en monstruosos actores de unas candilejas horribonas.

Pero lo que nunca sabrá Milton Douglas es que cuando yo hablé en mi redactado anterior de inspiración, genialidad y corazonada, lo hice porque luego tenía, quería que él lo leyese. No hubo corazonada ni genialidad ni tampoco inspiración. Solo... confianza en la palabra de una mujer, en la palabra de Mavis Clarkson, hija del *commissioner* que a su muerte fue sustituido por mí. Mavis me aseguró que la noche de la inauguración en el

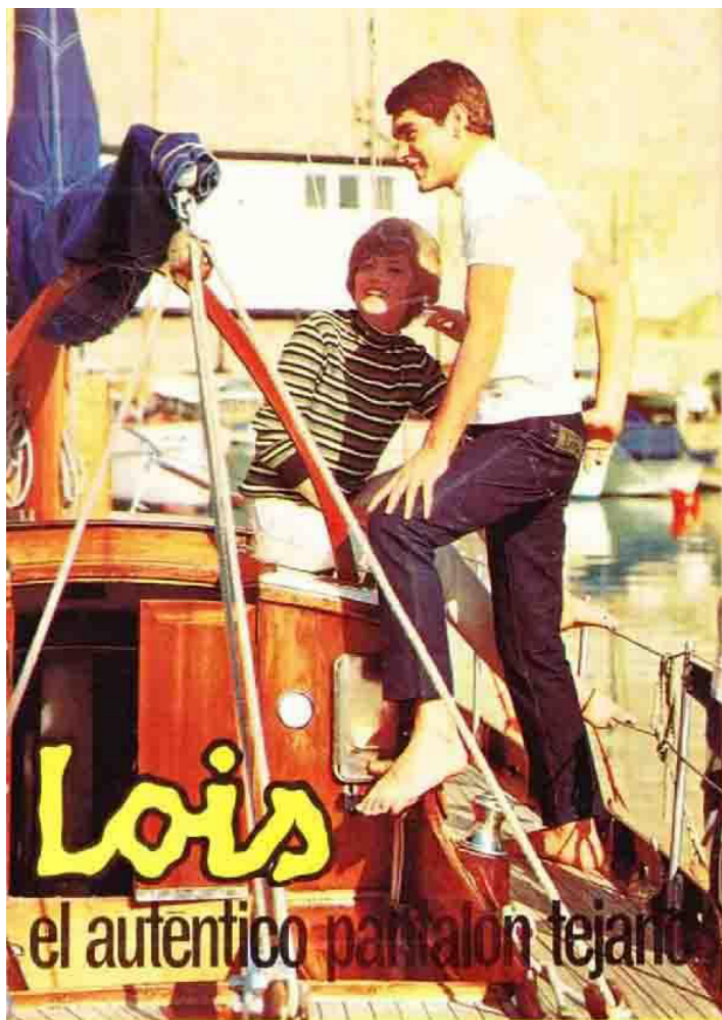
O'Hara

Teatre de la *Primera antología del asesinato*, había observado con cierta sorpresa cómo Milton, minutos antes de comenzar el espectáculo, abandonaba el teatro. Y ella, guiada por esa innata curiosidad femenina, que se acentúa cuando la mujer es periodista y empieza a estar enamorada... *lo siguió*. Por eso podía afirmar y asegurar que Milton Douglas no era culpable de los cuatro crímenes, pero como su solo testimonio contra el de tres personas que aseguraban haberlo visto en el escenario de los asesinatos hubiese servido de muy poco, tuve que hacer lo que hice.

Y ahora, hoy, 30 de junio de 1960, en este preciso instante, nadie puede imaginar lo feliz que me siento de haber contribuido a esclarecer la inocencia de un inocente y a labrar la felicidad de dos seres estupendos.

No, no es normal cerrar un expediente policíaco de esta manera. Y tampoco es normal echarse sobre la cama con la conciencia sucia o llena de dudas sucias. Yo cada noche me acuesto muy tranquilo; pero ésta, la noche de hoy, 30 de junio de 1960, será la más tranquila de toda mi vida.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

